

calibrite

colorchecker CLASSIC



LA ABUELITA

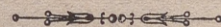
ó

CUENTOS DE LA ALDEA.

EJEMPLOS MORALES PARA LA INFANCIA

escritos por la señora

DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.



MADRID.
IMPRESA DE JULIAN PENA,
Calle de Relatores, núm. 45.
1869.

NOVELA

MUSEO ROMANTICO

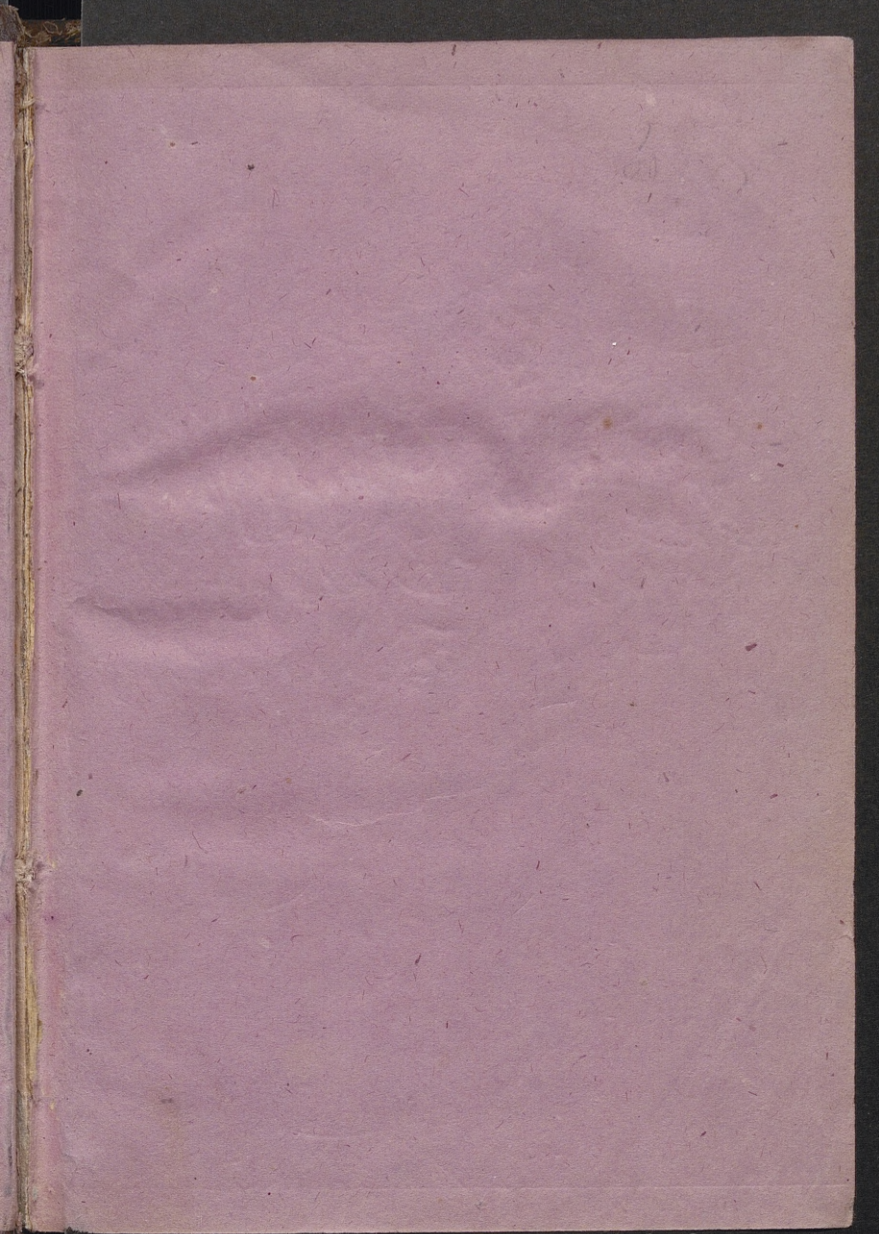
I-11

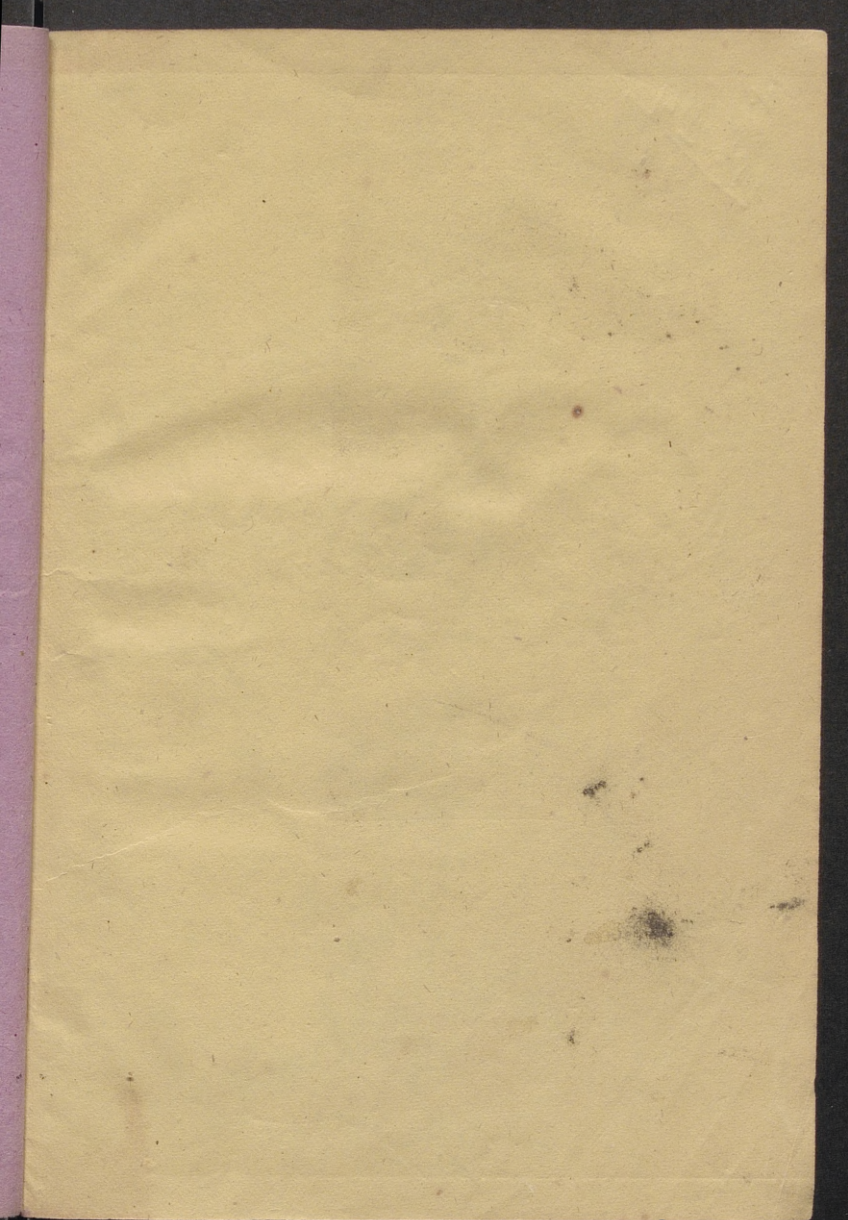
21

Biblioteca del



Museo Romántico





no vayan las lágrimas que corrian de sus ojos.
—Amigos míos, los dijo, llegados á ellos,
en el día de mi libertad quiero que todos me
amem, y anhelo dar un abrazo á las personas
que han robado mi infancia.

La tia Corripa le abrazó, y sin poder conte-
ner su emoción, dijo:

— ¡Ah! Dios premia en el mundo á los buenos;
no puedo darte, cuando la virtud de Vd. ha
sido así recompensada.

— ¡Vos, Corripa, para que se convenga al to-
do yo rason al decir que iba á ser marqués,
¡yo he estado pagandose con orfandad de la
de la joven!

— ¡Dioses mí, que vivas al lado de ese an-
gelo, cuando llorando.

— Poco después salian del pueblo, seguidos
por las bendiciones de todo el mundo, y al es-
cudarse el sol en el ocaso pasaban por la
Cruz del Olivar de regreso ya para su casa.

La nueva mariposa sacó la cabeza por
la ventanilla del coche, y vertiendo abundan-
tes lágrimas, corrió un tierno saludo á la Cruz
del Olivar.

LA ABUELITA.

LA ABUELLA

LA ABUELLA

LA ABUELITA

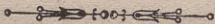
ó

CUENTOS DE LA ALDEA.

EJEMPLOS MORALES PARA LA INFANCIA

escritos por la señora

DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.



MADRID.

IMPRENTA DE JULIAN PENA,

Calle de Relatores, núm. 45.

1869.

LA ABUELLA

CUENTOS DE LA ALDEA

MEMBROS HONORARIOS LA INYANCIA

Escritos por la autora

UNA FAMILIA DE BRIGAS

MADRID
IMPRESA DE ALFONSO PENYA
Calle de Valencia, núm. 12

1938

A mi querida hija Maria de la Gloria.

Cuando cumplias un año , hija mia , emprendí la tarea de escribir este libro , queriendo ofrecerte en él ejemplos prácticos de virtud y de buenas costumbres. Has cumplido ya ocho , y tienes suficiente inteligencia para comprender la moral que encierra , lo cual me obliga á formar un tomito , dedicándotele , como te dedico casi todos mis escritos , pues para tí escribo ; tu amor , manantial fecundo de inspiracion para mí , hace que broten las ideas en mi mente , y las mas consoladoras esperanzas en mi corazon.

Sin necesidad de mis consejos y lecciones , tú serás buena , porque eres el ángel de mi felicidad , y porque tu índole es dulce y tierna , como blanda cera donde se imprimen con facilidad los santos ejemplos ; aprende , pues , hija mia , los que te ofrezco en estas sencillas historias , y sigue siendo siempre el encanto de mi existencia.

FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

Como siempre me ha sido muy agradable la
luz de ver tu cara, y también me ha
dado mucho gusto en verte y de buena manera.
Has cumplido un año y te he escrito algunas palabras
para acompañar la vida que te espera. Lo cual me
daña a formar un mundo de felicidad, como de hoy
en adelante me voy a dedicar a escribirte en amor,
esperando que cada día te vaya mejorando para que
puedas ser feliz en tu vida y con una gran felicidad
esperando en mi corazón.

2. A medida de mis consejos y palabras, te irás
dando, por que eres el hijo de mi felicidad, y porque
te hablo en amor y fe, como siempre te he dado a
conocer que felicidad me trae contigo, y que
para mí eres el mayor de todos en estas cosas.
Espero que cada día te vaya mejorando y que
puedas ser feliz en tu vida y con una gran felicidad
esperando en mi corazón.

MARIÁ DE LA OLIVERA

LA ABUELITA

6

CUENTOS DE LA ALDEA.

I.

No hace muchos años que en una pintoresca aldea, situada en la orilla del Tajo, vivía una honrada familia. Componíase de la abuela, anciana sexagenaria, de su hijo D. Rafael, su esposa doña Cármen, y una caterva de chiquillos, dichosa prole con que el Señor había coronado su himeneo.

No haré detenidamente el retrato de cada uno, porque los irán conociendo mis lectores poco á poco, según avancemos en nuestro relato. Ahora los veremos á todos agruparse en rededor de una

gran mesa, donde su buena madre les sirve la cena, presidiendo la alegre reunion la decana de la familia.

Su posicion de ricos hacendados les permitia vivir con el mayor desahogo, y no se advertia jamás en aquella casa miseria ni escaseces. Para los que no hayan visto el hogar de un labrador les haremos brevemente una ligera descripcion. Las casas son casi todas de un solo piso (en el pueblo á que me refiero), compuestas de anchurosas habitaciones, con rejas á la calle ó á los patios. A la derecha de la gran puerta de entrada está la cocina, junto al fuego una veintena de domésticos entre criadas y criados saborean una abundante y bien condimentada sopa. A la izquierda, en una sala bastante grande con su moderna chimenea, está reunida la familia de don Rafael. Los muebles de esta habitacion son sencillos, y resplandece por do quiera el mas esmerado aseo. A los lados de la chimenea hay dos enormes y antiquísimos sillones de roble, que ocupan generalmente la abuela y el jefe de la casa. En una sillita baja se sienta su esposa á hacer labor hasta las ocho, que se levanta y acuesta á sus hijos, ayudada en esta faena por la niña mayorcita, que tiene catorce años; y despues de haberles hecho arrodillarse ante una imágen de la Vírgen, rezando las oraciones de la noche, santa y piadosa costumbre que grabada desde la infan-

cia en el corazón de los niños, no se olvida jamás.

—Abuelita, dijo Federico, el mayor de los niños; cuéntenos Vd. una historia de aquellas tan bonitas que sabe.

—Cuando aprendais la lección, dijo la anciana tomando la calceta y aproximándose al fuego.

—Yo ya la sé.

—Y yo.

—Y yo, contestaron todos los niños á un tiempo.

—¿No me engañais?

—No, señora, dijo César: la hemos estudiado antes de cenar, y si no verá Vd. qué pronto se la esplico toda.

—Calla, parlanchin, repuso Amparo, que era la niña mayor: si te pones á decir la lección, darán las ocho y no tendrá la abuelita tiempo de contarnos el cuento.

—Tiene razon la hermana, dijeron otros.

—Sí, sí, abuelita: una historia, una historia.

El clamor de la infantil reunion era general, y tuvo necesidad su madre de hacerlos guardar silencio, diciéndoles que ya iban á dar las ocho, y solo les quedaba el tiempo preciso para rezar las oraciones de la noche.

—¡Qué lastima! murmuraba Evangelina con tristeza.

—Abuelita, repuso María de la Gloria col-

gándose al cuello de doña Tomasa; pida Vd. permiso á madre para que nos deje hasta las nueve.

—Yo se lo pediré, dijo Hernan, el mas pequeño de los niños.

—Sí, sí, á tí no te niegan nada, vé, hermanito y que nos concedan esta gracia.

—Voy corriendo.

Se levantó el gracioso niño, y dirigiéndose á su madre, exclamó con mimoso acento:

—Señora madre, ¿quiere Vd. que no nos acostemos hasta las nueve y nos contará la abuelita un cuento?

—Si padre os da permiso, corriente.

—Concedido, dijo D. Rafael, levantándose de la mesa donde aun permanecía para pasar á su despacho.

Todos los niños empezaron á gritar batiendo palmas con alborozo y rodeando á la anciana señora, que quitándose los anteojos, los puso en la cestita de la calceta, y fué marcando á cada uno de los niños el sitio que debia ocupar, diciéndoles:

—Amparo y Federico á mi derecha. César y Evangelina á mi izquierda; y enfrente, formando corro, Hernan, Jesus, Lucas y María de la Gloria.

De esta manera colocó á los ocho niños, y luego que les hubo recomendado el mayor silencio y la mas severa formalidad, volvió á ponerse

los anteojos para continuar haciendo calceta, y con cascada y temblorosa voz refirió lo siguiente:

II.

ARTURO.

(Toda criatura, por humilde que sea su condicion, puede sernos útil en alguna cosa).

Hace un año escasamente que habitaba la magnífica posesion del Palomar un caballero de Madrid, dueño de inmensas riquezas, y que debia ocupar un alto puesto en la corte, segun lo comprometido que estaba en la política, y otras mil cosas que yo no os sabré explicar. Lo cierto y verdad es, que mas de cuatro veces le vimos venir huyendo á esconderse en estos valles, donde pasaba largas temporadas sin aparecer jamás en público. Unicamente su hijo Arturo venia alguna vez á la aldea, pero siempre dándose una gran importancia y ostentando un lujo deslumbrador. Era muy orgulloso, y estaba acostumbrado al fausto y á la opulencia; asi es que rara vez saludaba ni aun á los labradores mas ricos de la aldea, á quienes llamaba *palurdos* y no sé cuántas cosas mas. Si á los ricos miraba con desden, á los pastores y jornaleros los desprecia-

ba, burlándose de su miseria continuamente.

—¡El muy vanidoso!... exclamó César, nosotros no somos así, abuelita; antes al contrario, respetamos y queremos á los pobres.

—Si callarás, parlanchin, interrumpió el juicioso Federico reprendiendo á su hermano.

—Silencio, niños, repuso doña Cármen, y no volvais á desplegar los labios.

Al escuchar la severa voz de su madre guardaron silencio, y doña Tomasa continuó:

—Ya tendria Arturo quince años, cuando una mañana pasó por el coto, ya sabeis dista una legua de aquí; iba con su ayo en un magnífico carruaje tirado por cuatro arrogantes caballos. Al llegar á nuestra dehesa se detuvo un momento, apeándose por disfrutar el apacible ambiente de la mañana; en esto que se encontraron al pastor Bartolo tendido en tierra y llorando á lágrima viva.

—¿Qué hará este holgazan en medio del camino? dijo Arturo lanzándole una mirada despreciativa; mejor estaria trabajando.

—Parece que está herido, contestó el ayo, se oprime un pié con las manos y llora el infeliz, ¿qué tendrá?

—Vamos, ayo, no le preguntes nada, déjale, no vaya á fastidiarnos con sus lamentaciones.

—¿Y si pudiéramos prestarle auxilio?

—¡Qué locura!... ¡Iria yo á molestarte por un mendigo!... Vamos, vamos al coche.

El ayo siguió al orgulloso jóven, muy á su pesar, procurando en los términos mas dulces, afeár la conducta poco caritativa que usaba en aquel momento; pero él no escuchaba reflexiones de ninguna clase. Cuando entraron en el coche, vieron al pobre pastor que medio á rastra se habia aproximado á ellos.

—¡Señorito! exclamó con lastimero tono, permítame Vd., por amor de Dios, ir hasta el pueblo inmediato en su carruaje; me colocaré con el lacayo.

—¡Vaya una pretension!... dijo Arturo sin hacer caso del pastor, que le miraba con angustia.

Luego hizo un signo al criado para que cerrase la portezuela, pero Bartolo se interpuso, y juntando las manos en ademan de súplica, exclamó:

—¡Por piedad, señor!... concédame Vd. lo que pido; tengo á mi madre muy mala y acaban de decirme que me llama para darme el último abrazo; he querido correr tanto por llegar á verla, que me he dislocado un pié y no puedo andar. ¡Oh! por todos los santos del cielo, permítame usted ir á cerrar sus ojos, ó me moriré en este camino de pena y desesperacion!...

—¡No puede ser!... ¡imposible!... exclamó Arturo mandando cerrar la portezuela.

—¡Oh! ¡madre mia!... ¡madre mia!... ¡morirás sin recibir el último beso de tu hijo!... gritaba el infeliz, y cayó en tierra medio ahogado por los sollozos.

El coche partió á escape, y mientras el pobre pastor lanzaba al aire sus lamentos, decia el soberbio y orgulloso adolescente, arrellanándose en los mullidos almohadones:

—¡Pues no faltaba mas!... ¡Ahora iria yo á llevar semejante estafermo en mi coche!... Hubiera estado gracioso, no hay duda!...

—Hubiera Vd. hecho una obra de caridad, dijo el ayo.

—Con mas gusto le doy un puñado de oro que llevarle en mi coche. Si fuera una persona decente, ¡vamos!... ¡pero esos miserables!... Confieso francamente que hasta me da repugnancia mirarlos.

—Hace Vd. mal en abrigar esas ideas, porque todos somos hijos de Dios.

—Es verdad, ayo; pero, como decia mi abuela la condesa de la Estrella, *hasta en el cielo hay gerarquías*; y ocupando yo una posicion elevada, no puedo alternar con ese canalla miserable.

—El orgullo hacia delirar á la señora condesa y Vd. la imita en este momento.

—Tenga Vd. la bondad de callar, repuso Arturo irritado; mi papá le tiene á Vd. á mi lado

para que me enseñe las ciencias y los idiomas que posee; no para insultar á mi noble abuela y á mí.

—Se equivoca Vd., niño; lo que yo hago es enseñarle la moral cristiana, haciéndole comprender que no debe nunca despreciar á los pobres, porque todos somos hermanos y les debemos consideracion y respeto. ¿Quién sabe si ese infeliz que ha dejado Vd. anegado en llanto podrá un día prestarle algun servicio, mas grande quizá, que el insignificante que reclamaba de usted?....

—¡Oh! sí, por la gran posicion que ocupa, podré esperar de él muchos favores, repuso Arturo con acento sarcástico.

—*Toda criatura en la tierra, por humilde que sea su condicion, puede sernos útil en alguna cosa*, exclamó el ayo con solemnidad. Téngalo Vd. entendido, y no olvide nunca mis palabras si desea evitarse dolorosos desengaños.

Aqui fué interrumpida la conversacion, cuyo giro iba nublando la frente del jóven, á causa de la llegada de unos señores que iban á esperarlo. Se detuvieron, y apeándose continuaron á pié hasta la aldea.

Cuando subian por el camino toledano, cruzó por delante de ellos un caballo á todo escape; en él iban montados vuestro padre, que fué mas

compasivo que el orgulloso Arturo, y llevaba en las ancas del caballo al pastor Bartolo.

—¿Y fué padre, dice Vd., abuelita? preguntó César.

—Sí, hijo mio; pero no tengas la costumbre de interrumpirme.

—Una palabra solamente, exclamó Amparo, ¿pudo al fin abrazar á su madre?

—Sí, y la salvó la vida, pues la infeliz moria de necesidad y fué socorrida tan á tiempo por su hijo, que aun vive, y le quiere con delirio.

—El reloj está dando las nueve, hermana, ¿no lo oyes? dijo Hernan en voz baja á Evangelina.

—Cállate, no lo digas, repuso esta.

—Doña Cármen, que guardaba el orden mas invariable en el interior de su casa, apenas escuchó la última campanada, dejó su labor, y levantándose dijo á sus hijos:

—Niños, á besar la mano á la abuelita, despues á padre, y á rezar las oraciones para irse á la cama.

Sin replicar una palabra se levantaron todos; abrazaron á su abuela y á D. Rafael, y entraron en una salita pequeña, donde habia un altar con la imágen de la Virgen del Cármen. Arrodilláronse ante él, y alzaron, acompañados de su buena madre, sus inocentes preces al Eterno.

III.

Serian apenas las siete de la siguiente noche, cuando los hijos de D. Rafael rodearon á su abuelita, rogándola continuase la interrumpida historia. Deseosa la venerable anciana de inculcar en el tierno ánimo de sus nietos ideas saludables, prosiguió de este modo, despues de haber colocado á cada uno en su sitio:

«El orgulloso Arturo se sonrió desdeñosamente al ver al pobre Bartolo, que con la satisfaccion en el alma cruzó á su lado dirigiéndole una mirada de triunfo, con la cual queria decir: —¿Ves cómo no faltan corazones compasivos? No he necesitado tu coche para llegar á recoger el último beso de mi madre.

Pasó este acontecimiento, y ni Arturo ni Bartolo volvieron á verse en mucho tiempo; aquel, ocupado en sus aristocráticas reuniones, y este cuidando de sus corderillos y saboreando la paz del alma y la envidiable tranquilidad del que tiene limpia su conciencia.

Llegó una época en que un temporal de lluvias continuo y sostenido hizo que los rios se desbordasen, y particularmente el Tajo, cuyo caudal de aguas es inmenso, tanto, que arrancó los puentes, arrebatando en la crecida las barcas

que servian para cruzarle en los diferentes pueblecillos de estas cercanías.

El padre de Arturo, como sabeis, tenia su quinta al otro lado del rio, en la cual habitaba su esposa; él estaba en Madrid con su hijo, y su posicion debia ser muy crítica, porque á consecuencia de motines ocurridos en la corte, habíanle delatado como conspirador, y juzgándole un consejo de guerra, estaba próximo á ser pasado por las armas.

Arturo, en aquellos afflictivos momentos, supo que en su posesion del Palancar guardaba su padre unos papeles, con los cuales probaria su inocencia y salvaria su vida; sin hacer caso del mal tiempo, y no teniendo, por otra parte, momento que perder, se puso en camino inmediatamente, seguido de su ayo. Llegaron á la aldea, buscan la barca para cruzar el rio; pero ¡oh desgracia! habia sido arrebatada por la furiosa y embravecida corriente.

—¡No hay paso! gritaron los pastores desde el otro lado.

—¡Oh, Dios mio!... ¡y mi padre morirá mañana sin que yo le pueda salvar, cuando las pruebas de su inocencia están á cien pasos de aquí!...

—Pero entre esos cien pasos hay un mar de agua, y es preciso que una persona esponga su vida por salvar la de vuestro padre, dijo el ayo contemplando aterrorizado los valles que habia

cubierto el río, llegando á inundar las primeras casas de la aldea.

—¡Si yo supiera nadar!... exclamó el jóven con desesperacion. Luego, dirigiéndose á una porcion de jornaleros y pastores que se habian agrupado en torno suyo, les dijo:

—¿Quién de vosotros se atreve á cruzar el río?

El silencio sucedió á estas palabras, y ninguno se determinó á calmar la angustia del orgulloso Arturo, que siempre los habia despreciado y entonces reclamaba su auxilio.

—¿No hay ninguno? volvió á gritar: yo le daré oro cuanto quiera para que viva en la abundancia.

—Señorito, se atrevió á decir uno de ellos; si perdemos la vida no podrá el oro devolvérsela.

—¡Oh! ¡y mi padre morirá sin remedio!... exclamó Arturo, llorando de desesperacion.

Entre tanto el Tajo seguia creciendo y sus aguas inundaban las dehesas y los sembrados; cada vez se hacia mas imposible el paso. No pudiendo el jóven resistir su angustiosa situacion, prorumpió en sentidas y amargas quejas. Empero ni sus ofertas ni sus lamentaciones, decidieron á los aldeanos, que por todo el oro del mundo no se hubieran espuesto á perecer entre las furiosas ondas del río.

Viendo Arturo la inutilidad de sus esfuerzos,

quiso apelar al último recurso, conmoviendo su corazón, y les dijo:

—Amigos míos; ¡por compasión!... por lo que más ameis en el mundo, salvad la vida de mi padre, y vuestra es toda mi fortuna.

—Ahora nos llama amigos, y siempre nos ha despreciado el orgulloso, no contestando siquiera cuando le dábamos los buenos días, dijo uno de ellos.

—Sí; pues aunque nos llame hermanos, lo que es yo por mí, no paso.

—Ni yo.

—Ni ninguno, dijeron otros.

Quiso la buena suerte de Arturo que en aquel momento acertase á pasar por allí Bartolo; verle el atribulado jóven y dirigirse á él, fué obra de un momento.

—¡Ah! por favor, exclamó juntando las manos en ademán de súplica; ¡si tienes un padre querido, yo te ruego por su amor que salves la vida del mio!...

—Padre no tengo, dijo Bartolo; pero sí una madre, á la cual quiero con toda mi alma, y que por cierto no hace mucho tiempo tuve á las puertas de la muerte, y Vd. me negó el consuelo de llevarme en su coche á recibir su último abrazo.

—¿Eres tú el que se había dislocado el pié? interrumpió el ayo mirándole con desaliento.

—Sí, señor: y aunque Vds. no accedieron á mis súplica, no faltó un hombre generoso y compasivo que me llevase en su caballo, y además de tan insigne favor, salvase la vida de mi madre con sus socorros.

—¡Y ahora te vengarás de aquel rapto de orgullo! exclamó Arturo sollozando. ¡Oh! bien caro lo voy á pagar ; ¡padre de mi alma!... mañana morirás, y yo no puedo salvarte.

—Vamós, señorito, dijo Bartolo enternecido; ¿qué es preciso hacer para salvar su vida?

—Atravesar el rio á nado y recojer de nuestra quinta unos papeles que están en poder de mi madre y que justifican la inocencia de mi padre que está sentenciado á muerte, y le fusilarán mañana si no se presentan.

—Pues ¡manos á la obra!... exclamó Bartolo en un arranque repentino, despojándose de la chaqueta y los zapatos.

—¡Vas á cruzar!..

—Sí, señor: por el amor de mi madre, y en memoria del noble bienhechor que salvó su vida.

—¡Bendito sea tu corazon!... murmuró Arturo loco de alegría y estrechando la cabeza del pastor contra su pecho.

Una hora despues los documentos salvadores estaban en su poder, y en la efusion de su reconocimiento ofreció á Bartolo una suma inmen-

sa que en valores llevaba á prevencion en la cartera.

—Guárdela Vd., señor, le contestó el infeliz; yo me contento con haber hecho una buena accion.

—Es que se la ofrezco á tu madre.

—En ese caso la admito, para que la pobrecita concluya sus dias con comodidad.

—Tienes un corazon muy generoso, continuó Arturo, y yo bendigo este momento de prueba, en que he aprendido á conocer que *toda criatura, por humilde que sea su posicion, puede sernos útil en alguna cosa.*

Doña Tomasa calló al llegar aquí, y todos los niños, que habian guardado hasta entonces el mas profundo silencio, exclamaron:

—¿Se ha concluido?

—Sí, hijos míos: nada mas tengo que añadir: el padre de Arturo se salvó, y Bartolo, gracias á su buen corazon, vive hoy independiente con ganado y labranza propios.

—Y bien lo mereció, dijo Federico: esponer su vida de aquella manera fué atrevimiento.

—¿No lo hubieras hecho tú? preguntó César.

—¡Qué sé yo! En igualdad de circunstancias puede ser que sí, porque al fin Arturo estaba arrepentido de su orgullo, y conoció que tambien los pobres tienen su valor en determinadas ocasiones.

—Le tienen siempre, hijo mio, contestó doña Tomasa; cada cual vale en su esfera y ocupa en la tierra el sitio que le ha destinado el Criador.

—Las nueve acaban de dar, exclamó doña Cármen recordando á los niños su costumbre.

—Entonces, buenas noches, abuelita, dijeron todos, besando respetuosamente su mano.

—¿Nos contará Vd. otro mañana? preguntó la mayor de las niñas.

—Sí, querida mia; ya tengo preparado uno, que llamaremos la *Modestia y la vanidad*, ó *contra soberbia humildad*, ambos le convienen porque se encamina á demostrar los inconvenientes que tiene en las niñas el ser soberbias y vanidosas y las muchísimas ventajas de la humildad y la modestia, que cual la violeta pudorosa y sencilla, se esconde entre las yerbas de los campos, descubriéndola siempre su agradable perfume, que como el aroma de la virtud, sobresale y queda triunfante en todas las pruebas de la adversidad.

—Bien, bien; gritaron los ocho niños alborotados y batiendo palmas con inusitada alegría.

IV.

CONTRA SOBERBIA HUMILDAD.

La inocencia y la humildad, son dos virtudes que, aunque la suerte les sea contraria, siempre hallan sobre la tierra su justa recompensa.

—Hijos míos, decía doña Tomasa á la siguiente noche á sus nietos, haciéndolos sentar junto á sí: voy á satisfacer vuestros deseos, dando principio á la anhelada historia.

—Sí, abuelita, exclamaron los niños regocijados; tenemos un vivo interés en escucharla.

—¿Será muy larga? preguntó César.

—¿Y muy bonita? interrumpió Hernán.

—¿Dónde pasó? exclamó Amparo; debe ser un suceso verdadero, como todos los que la abuelita nos refiere.

—Si he de contestar á todas las preguntas, no empezaremos la narración esta noche, contestó doña Tomasa con acento de reconvención.

—Silencio, niños; nunca habeis de saber callar, dijo Federico restableciendo el orden y preparándose á escuchar el relato de la anciana señora, que dijo así:

—Vivian en una capital de provincia dos primas, que por ser hijas de dos hermanos, llevaban el mismo nombre y apellido. Pepa Lopez y Pepita Lopez, así las nombraban para distinguirlas, aunque se distinguian bastante por su posicion y sus cualidades.

Pepita, hija única de un propietario riquísimo, era de pequeña estatura; pero extraordinariamente bella, con un cútis de raso, ojos negros y aterciopelados, de mirada dominante y avasalladora, donde se leia el orgullo y la altanería, que eran sus defectos mas notables.

Pepa, por el contrario, huérfana y sin recursos de ningun género, vivia en casa de su tio donde la habian recogido por caridad; no poseyendo, como su prima, una belleza espléndida, ni una fortuna, era muy modesta, muy humilde, y sobremanera tímida: cualidades que sobresalian en su carácter escesivamente bondadoso y dulce. Rara vez concurría á las reuniones ni á los teatros: casi siempre retirada en su habitacion ocupábase en labores útiles y agradables, consagrándose en su aislamiento á ejercer la caridad haciendo ropita para los niños espósitos de los establecimientos de Beneficencia, en lo que pasaba la mayor parte del tiempo, despues de las tareas de la casa.

Una noche llegó su prima de un baile, donde habia ido acompañada de su padre. Antes de

acostarse fué Pepa, solícita y cariñosa, según tenía de costumbre, á darla las buenas noches, ayudándola al propio tiempo á despojarse de las ricas galas con que se adornaba.

—Si vieras, prima, qué contenta estoy, la dijo; esta noche he sido muy feliz.

—Tú lo eres siempre, querida mia, la contestó Pepa; ¿quién brilla tanto como tú? Donde quiera que te presentas hallas ovaciones y entusiasmo.

—Es verdad; pero esta noche conseguí eclipsar á todas las damas de la reunion; me presenté ataviada con ese bellísimo traje que tanto realza mi belleza, y me rodearon instantáneamente infinidad de caballeros, los mas distinguidos de la poblacion, entre ellos el marqués del Agua, recién llegado de América, jóven notabilísimo por su figura y por su fortuna, que debe ser colosal, según el fausto que ostenta. No te puedes imaginar la impresion que me ha hecho; creo que no voy á dormir esta noche pensando en él.

—¿Tanto te gusta?

—Muchísimo, contestó Pepita con exaltacion; y creo que no debo serle indiferente, porque se acercó varias veces á pedirme que bailase con él; y aunque sus palabras no me declararon el estado de su corazon, me pareció por su galantería y sus muchas atenciones que pensaba hacerme el amor.

—¡Quién sabe!... eres tan hermosa, que bien mereces la mano de un marqués.

—¡Oh, prima mia!... te aseguro que el ser marquesa seria para mí el colmo de la felicidad; yo no me contento con la medianía; he nacido para ser grande y no con sentiré jamás entregar mi mano á un cualquiera.

Arrullada por estos sueños se acostó Pepita, teniendo grabada en el corazon la imágen del marquesito y su aristocrática corona, porque el defecto dominante de Pepita era una vanidad desordenada y ridícula.

Su modesta prima se retiró á su cuarto, y á las nueve de la mañana siguiente salió de su casa sencillamente vestida de negro, y acompañada de un criado, dirigiéndose primero á misa y despues á llevar á las hermanas de la Caridad en una casa de beneficencia las prendas que tenia concluidas.

En la iglesia notó que un jóven embozado en una ancha capa, y casi cubierto el rostro con el embozo, la miraba mucho. Ella le miró por casualidad, y sin saber por qué sintió un estremecimiento nervioso bajo el influjo de la mirada magnética del desconocido.

Pepa no era una belleza notable de esas que fascinan á primera vista; tenia, sí, agradables facciones; pero lo que en ella cautivaba, era la expresion de angelical bondad que se retrataba en

su rostro: parecía un espejo donde se reflejaban las emociones de su alma, y su alma era bella como ninguna.

Al salir de la iglesia, una pobre mendiga que llevaba dos niños en los brazos, estenuados ambos por el hambre y la miseria, se acercó á pedirle una limosna.

Pepa, que tenía un corazón muy compasivo, no pudo ver tanta desgracia sin derramar una lágrima.

—Hermana mía, la dijo, me duele en el alma no poder socorrer á Vd., pero soy muy pobre; nada poseo y vivo á espensas de la caridad de un hermano de mi padre; sin embargo, puedo disponer de estos pendientes que fueron de mi bendita y noble madre; tómelos Vd. y véndalos, utilizándose de su producto: ¡ay! aunque lloro al separarme de ellos, conozco que no podían emplearse mejor, y mi madre me bendicirá desde el cielo.

Al decir esto, Pepa hizo entrar á la mendiga en un portal para que nadie se enterase de su acción; se quitó los pendientes y se los dió, dándoles antes un beso de despedida, en el que iba envuelta la mitad de su alma.

A poco salió del portal con el pañuelo en los ojos: el joven embozado había presenciado esta escena sin que ella le viera, y aprovechó un mo-

mento para preguntar al criado por el nombre de su señorita y las señas de su casa.

Cuando quedó solo con la pobre madre, que lloraba de gratitud, la pidió los pendientes, se los compró á buen precio, y la recompensó ademas espléndidamente.

Doña Tomasa, fatigada por la narracion, se detuvo un momento, el que aprovechó doña Cármen para decir á los niños que se acercaba la hora de irse á la cama, y que valia mas dejasen la historia en tal estado hasta la siguiente noche; porque además la abuelita se encontraba bastante fatigada.

Con la docilidad propia de la escelente educacion que recibian aquellos ocho niños, se doblegaron inmediatamente á la voluntad de su madre, marchándose á acostar sin decir una palabra.

V.

Anhelantes por saber el fin de la historia, no faltaron á la siguiente noche, estudiando primero sus lecciones, para que sus padres no tuvieran que reprocharles nada.

—¡Ea! estadme todos atentos, que voy á continuar, dijo la abuelita calándose las gafas y emprendiendo, al propio tiempo que con su narracion, con su comenzada calceta.

—Quedamos en que el jóven desconocido le

compró los pendientes á la mendiga, y desde entónces no faltó ningun dia á la iglesia. Pepa, que iba diariamente á misa, le veia, y aquella mirada de fuego penetraba en su corazon, abrasándole y robándole la tranquilidad y el sueño. Ignoraba el nombre de aquel caballero; pero no podia dudar de su distincion y del respetuoso cariño que la demostraba.

A todo esto Pepita volvía cada noche del teatro más y más desesperada, porque el marquesito del Agua no le declaraba nunca su amor.

Una mañana estaban almorzando, cuando entró un criado con una carta para el señor de Lopez.

El anciano la tomó, la leyó para sí, y despues que hubieron servido los postres, mandó retirar á los criados, diciendo á su hija y á su sobrina que le acompañaban á la mesa:

—Esta carta es del marqués del Agua, ese rico americano que hoy hace tanto ruido en la capital; me pide la mano de la señorita doña Josefa Lopez, rogando le conceda permiso para venir en persona á ofrecernos sus respetos y á saber la contestacion.

—¡Oh! ¡bien decia yo que no tardaria en declararse!... exclamó Pepita, palmoteando con estrepitosa alegría.

Pepa bajó los ojos, no conocía al marqués del Agua, y su pensamiento, fijo en el desconocido

de la iglesia, á quien no podia olvidar un solo momento, no se detuvo á envidiar la felicidad de su prima; la felicitó con toda la efusion de su ternura, y se retiró á su cuarto.

Obtenido el permiso que demandaba, se presentó por la tarde el marqués. Comprendiendo que no seria desairada su peticion, llevaba para ofrecer á su futura, como primer regalo, un magnífico aderezo de brillantes de incalculable valor.

El señor de Lopez le recibió afablemente y le manifestó que el asentimiento á su demanda debia reclamarle de la interesada; por lo tanto, pasaron á un precioso gabinete, donde las dos primas hacian labor.

—Hija mia, tengo el gusto de presentarte al señor marqués del Agua, que solicita tu mano, dijo el anciano á su hija.

Pepa le miró, exhalando un agudo grito, se puso densamente pálida, faltándole poco para desmayarse.

El marqués era su desconocido de la iglesia.

—Esta señorita ¿es hija de Vd.? dijo este corriendo hácia ella.

—No, señor; es mi sobrina.

—Pues á ella es á quien amo, y su mano es la que pretendo.

Esta vez tocó á Pepita palidecer, y empezó á sentirse agitada de un temblor nervioso.

—Mi prima es una pobre infeliz que tenemos

aquí recogida por caridad, dijo con la ira y el despecho pintado en el rostro; y Vd. me ha hecho un ultraje al pretender mi mano, siendo á ella á quien quiere.

—Perdone Vd., yo me dirigí á este caballero pidiéndole la mano de la señorita doña Josefa Lopez.

—Esa soy yo.

—Y tu prima tambien, dijo el anciano; llevais el mismo nombre, y en eso ha estado el error; pero ¿cómo ha podido Vd. conocer á Pepa, si ella no asiste á ninguna diversion y apenas sale de casa como no sea á la iglesia?

—Pues allí la he conocido ejerciendo la caridad; hé aquí una prueba de la bondad de su corazon y el origen del amor sin límites que la profeso, dijo el marqués presentando los pendientes.

—Son de mi sobrina, repuso el anciano; y ¿cómo están en poder de Vd.?

—Esta señorita, no teniendo dinero para socorrer á una pobre madre que imploraba su caridad, se los dió, y yo los adquirí, entregándoselos hoy con mi mano, mi fortuna y mi corazon.

—¡Ah! exclamó la jóven; yo no puedo admitir: ¡soy pobre!

—Pero es Vd. rica de virtudes, y esa es la verdadera riqueza que se debe buscar en la mujer. Yo anhelaba para esposa una jóven modesta y

llena de encantos, que huyendo de lucir sus gracias en el gran mundo, las esconde como la violeta en su pudoroso retiro, y solo Vd. ha conseguido inundar mi alma de un júbilo infinito, con el amor al desconocido de la iglesia, que no ha podido ocultar porque lo descubren sus ojos.

Pepa, con el carmin del rubor en las mejillas, no acertaba á pronunciar palabra, mientras que su prima, furiosa, la dirigió una mirada de ódio y se retiró, pretestando un fuerte ataque de nervios.

Su vanidad se exaltaba al ver que la humildad y la modestia tienen tambien en el mundo su justa recompensa.

—¿Se ha concluido ya, abuelita? dijo Amparo viendo que guardaba silencio la noble anciana.

—Sí, hija mia; nada mas tengo que añadir: un mes despues Pepa era la marquesa del Agua, y su prima, no pudiendo resistir la envidia que la dominaba al ver el fausto y la riqueza de que la rodeaba su esposo, dejó de tratarla.

—¿Y no se corrigió de su soberbia?

—Al contrario, sigue en aumento; tanto, que es ya una solterona de cuarenta años, y no ha podido encontrar marido; mientras que la humilde Pepa es completamente feliz: esto os probará, hijos míos, que el buen paño en el arca se vende, y que suelen hacer mejores bodas las niñas que viven en la modestia y el recogimiento,

que las locas y casquivanas que van de baile en baile y de fiesta en fiesta, como esponiendo la mercancía por ver si encuentra comprador.

Era la hora de retirarse, y los niños se acostaron, esperando con impaciencia la siguiente noche para que la abuelita les contase un nuevo ejemplo.

VI.

CONTRA PEREZA DILIGENCIA.

La actividad y el trabajo son las bases mas firmes de la fortuna, asi como la holgazaneria y pereza, suelen ser la casi siempre la ruina de las familias

—Escuchad, hijos mios, el siguiente ejemplo, para que comprendais prácticamente las consecuencia de la ociosidad y del trabajo, dijo doña Tomasa á sus nietos, colocándolos á su alrededor.

Los niños, con la curiosidad pintada en sus infantiles rostros, se dispusieron á escuchar silenciosamente.

—Habia en una pequeña aldea, cuyo nombre no hace al caso, pero que bien pudiera ser la misma en que nos encontramos, dos hermanos, sencillos labriegos que habian recibido de su padre una herencia muy regular, consistente la mayor

parte en viñedos, olivares y ricas fincas rústicas y urbanas.

Cosme y Diaman se llamaban los dos hermanos; eran gemelos, y se parecían muchísimo físicamente, hasta el punto de confundirlos en el pueblo; pero en cuanto á las cualidades intelectuales y morales, eran el reverso de la medalla el uno del otro.

Cosme, aplicado, laborioso y de intachables costumbres, se dedicó desde su niñez al cultivo de la labranza, mereciendo por esto el dictado de záfio y lugareño con que le designaba siempre su hermano, que era enteramente opuesto á toda clase de trabajo.

Su bondad, hija de un corazón sano y honrado, era estremada, y le hacía escuchar con indiferencia, los sarcasmos y las burlas de que era objeto, contentándose por toda venganza con decir muchas veces á Diaman:

—Sí, yo seré záfio y todo lo que quieras; pero tú con esa vida que haces de pereza y holgazanería, nunca harás prosperar tus heredades, y ten cuidado con ellas, mira que «hacienda, tu dueño te vea, y si no que te venda,» como dice el refrán, y tú la tienes enteramente abandonada, como si el trabajo no fuera el elemento principal para la riqueza.

—¿Qué sabes tú, necio? le contestaba amostazado su hermano; yo tengo quien cuida de todo

y además ¿quieres que viva como tú que ni siquiera sabes la gramática?

—Sé lo bastante para manejarme; creo que un labrador como yo y como tú, con saber el catecismo para enseñar á nuestros hijos la doctrina cristiana, y las cuentas de comprar y vender para que nadie los engañe, saben lo bastante.

—Claro, y si te preguntan que dónde está Francia, dirás que en los cuernos de la luna.

—¿Y á mí qué me importa? Cada uno en su oficio es maestro, y yo no necesito saber otra cosa que cultivar la tierra y hacerla producir muchos y buenos frutos. El que de todo quiere entender nunca sabrá nada bien, por aquello de oficial de todo, maestro de nada.

—¡Ea! á mí no me vengas con tus sermones y tu gramática parda; yo hago mi gusto y no admito consejos de nadie, mucho menos de un tonto de capirote como tú.

—Pues hijo, con tu pan te lo comas, contestó Cosme con su santa paciencia; yo sigo en mi trabajo y actividad labran la prosperidad.

Y en efecto, así siguieron; Cosme estaba en el campo antes del alba vigilando á sus trabajadores y trabajando él también, sin importársele un ardite; por la noche se pasaba un par de horas en casa de su novia, que era una jóven aplicada y hacendosa como él, y despues se marchaba á acostar, pensando siempre en el dichoso dia

de su casamiento, que habian fijado para un plazo no lejano.

Por su parte Damian no iba nunca al campo, se levantaba á las diez de la mañana y se marchaba á la puerta de la iglesia á ver las muchachas que salian de misa mayor, despues hacia su visita diaria al boticario, al cura y al escribano: á este con mas interés porque tenia una hija, la mas guapetona y mas elegante del pueblo, con quien Damian tenia relaciones.

Las tardes solia pasarlas leyendo en la orilla del rio ó pescando, aficion muy general en todos los holgazanes; volvía al anochecer, y era de rigor el ir á casa del alcalde ó á la del boticario á echar un *mediator* ó una *malilla* hasta las diez ó las once de la noche.

—Advierto, hijos míos, que se acercan las nueve y es preciso dejar interrumpido este verídico suceso hasta mañana.

VII.

Así pasó un año, dijola anciana á la siguiente noche, que se reunió en torno suyo la pequeña tropa, ávida de escuchar la historia de Cosme, por quien ya sentia vivo interés. Al cabo de este tiempo, y cumplido el luto que los dos hermanos llevaban por su padre, se casaron ambos, teniendo Cosme en Teresa una mujer que le

ayudase á hacer prosperar su hacienda, y Damian en Sofía un nuevo motivo para gastar infructuosamente su dinero y su tiempo.

Mientras los primeros pasaban los dias entregados al trabajo y las privaciones, iban los segundos de fiesta en fiesta y de pueblo en pueblo buscando la diversion y el placer que no hallaban en su casa.

La costumbre es en la criatura una segunda naturaleza y los hábitos que se contraen en la juventud son muy difíciles de desarraigar en la edad madura. Tambien es verdad que influyen mucho las inclinaciones en nuestras costumbres. El que tiene un carácter flojo no ama el trabajo, y se deja seducir con frecuencia por los incentivos del placer. En cambio, las personas activas y amigas del orden y la aplicacion viven en su elemento, desempeñando uno y otro dia sus ocupaciones sin la menor molestia ni fatiga.

Las consecuencias de ambos sistemas no tardaron mucho tiempo en dejarse conocer en las casas de los dos hermanos, y fué la mayor desgracia para Damian el que su fortuna empezó á resentirse cuando se vió con familia. Entonces conoció el error en que habia vivido; pero no pudo remediarlo; estaba lleno de compromisos, de acreedores que le asediaban, y sus tierras, infecundas y estériles por falta de cultivo, no le producian lo bastante para sostenerse.

Ya era tarde para remediar el mal.

Llevando cada día un puñado de tierra, se forma una montaña al cabo de cierto tiempo; pero si aquella montaña se necesita de repente, no es posible construirla en un día.

Así le sucedió á Damian; le vendieron sus propiedades para pagar á los acreedores, y viéndose sin criados procuró trabajar; pero como no tenía costumbre y se entregó con demasiado ardor á tareas penosas, cayó enfermo.

Sus hijos le pedían pan, y el infeliz no tenía ni un pedazo que llevar á la boca; estaban desnudos y descalzos y no tenía dinero para comprarles ropa ni calzado. Su mujer, de todo entendía menos del arreglo de la casa; pasaba el día en la de las vecinas, lamentándose de la desidia y pereza de su marido, que había dejado perder una hacienda tan pingüe como la suya. En vez de ayudarle le abrumaba con sus reconvenções y soportaba con muy poca paciencia su adversa suerte.

A tanto llegó su miseria, que vendieron el último olivar que les quedaba, sin que por eso Sofía dejase sus humos de gran señora, ni consintiese en despedir á la criada para ocuparse ella misma de los quehaceres domésticos.

Faltó el pan y faltó con él la armonía de aquel matrimonio, que, siempre en querella, se echaban en cara mutuamente la culpa de su des-

gracia. Teníanla ambos; pero no lo confesaban, ó mas bien no lo creían, porque ninguno conocemos nuestros defectos.

En este estado, las disensiones internas llegaron á ser tan fuertes, que un dia rodaron todos los cacharros de la cocina, y tuvieron que separarse. ¡Triste suerte!... un matrimonio disuelto, una fortuna destrozada, unos hijos abandonados!... y todo porque faltó la base primordial de la casa: el trabajo, la economía, el órden; los tres elementos que sacan la nave del hogar á seguro puerto.

¿Qué hacen entretanto Cosme y Teresa? veámoslo.

A la entrada de la poblacion, y en la ribera misma del rio, habia muchos años antes un pequeño huerto que heredó Cosme de su padre. A la sazón aquel huertecillo con su humilde choza se ha convertido en una posesion magnífica.

Cosme y Teresa llevaron un puñado de tierra cada dia y formaron una montaña formidable. El con su trabajo y su actividad, ella con su economía y con su órden, fueron adquiriendo poco á poco terrenos circunvecinos y ensanchando su casa en términos de que Cosme se hizo el propietario mas rico de la poblacion.

Todas las fincas que vendió su hermano fueron á su poder y otras muchas que se adquirió honradamente.

Cuántas veces pretendieron socorrer á Damian y á Sofía los rechazaron estos con altanero orgullo, porque en sus locas esperanzas se imaginaban ver de un momento á otro reconstruida con creces su fortuna por un golpe de azar, uno de esos acontecimientos impensados, caprichos de la suerte, que tornan de repente á un mendigo en poderoso banquero.

Lastimados naturalmente por la repulsa no volvieron á intentar adelantarse, esperando que fueran abajo aquellos castillos de naipes, y entonces irian ellos mismos á implorar su socorro.

Para nada los necesitaban, eran felices; tenían riquezas, paz, y se profesaban un amor sin límites; amargando únicamente tan pura dicha su eterna soledad, pues no les concedió hijos el Señor, esos pequeños ángeles que son el sol del himeneo.

Teresa suspiraba muchas veces.

—¡Ay! decia, Damian y Sofía riñen y son desgraciados teniendo dos hermosos niños.

—¡Si yo los tuviera!

—Quizá no fueras tan feliz, la contestaba su marido. Cuando Dios no nos otorga esa gracia será que no nos hagan falta.

—¡Es verdad!... Yo acato resignada su poderosa voluntad, decia Teresa sonriendo y mirando al cielo con muestrás de inmensa gratitud.

Así pasaron muchos años: Damian y Sofía,

perdida toda su hacienda, se marcharon cada uno por su lado: él consiguió en unas salinas un empleo de poquísimos sueldo, que apenas le bastaba para mantener á sus hijos. Ella, siempre ávida de placeres y de grandezas, entró á servir de doncella en casa de una marquesa.

VIII.

A la siguiente noche continuó la anciana de este modo:

—Era una fría y nubulosa tarde del mes de Enero; habia nevado copiosamente en el país y estaban los caminos con una cuarta de nieve.

Esta circunstancia hacia imposibles las labores agrícolas; de manera que al anocheecer estaban reunidos en la plaza la mayor parte de los labradores del pueblo.

Cosme, que era el alcalde aquel año, salió á dar algunas disposiciones para que cuadrillas de jornaleros fuesen quitando la nieve que obstruía las calles y los caminos, haciendo estos intransitables, sobre todo el que conducía hasta el molino, que era el mas frecuentado por las gentes de la aldea.

—¡Ea! señor Cosme, dijo un labrador, yo no me determino, porque conforme va cayendo la tarde se va sintiendo un frío horroroso.

—Siempre sereis unos cobardes holgazanes;

venga una pala, yo iré delante enseñándoos á no retroceder ante el peligro, cuando se trata de hacer una buena obra.

—Es que ya ve Vd....

—Nada, no hay que venirme con reticencias, adelante; el que no me siga dormirá esta noche en la cárcel.

—¿Pero si es un trabajo inmenso, señor alcalde? dijeron varios.

—Es un trabajo hecho en media hora si se emprende con buena voluntad, dijo Cosme; el molino apenas dista de aquí cien pasos, y el tránsito hasta él es sumamente necesario, porque desde ayer no hay pan en el pueblo ni harina; tienen que ir esta misma noche á moler y volverán antes de amanecer; de manera que si no desembarazamos el camino de la nieve que le obstruye, tendremos esta noche cincuenta desgracias, vuelcos de carros, mulas perniquebradas y labradores extraviados en esos campos, que perecerán en medio de la nieve.

—Tiene razon el señor alcalde, dijeron algunos.

—¡Ea! pues vamos allá; yo soy el primero.

—¡Y yo, y yo!.... repitieron varios, animados por el ejemplo del que tomó la iniciativa.

—En marcha, pues; yo voy á la cabeza, exclamó Cosme enarbolando la vara de la autoridad y adelantándose hácia el camino indicado.

Poco despues ya tenian hecha la mitad de la obra, y á las evasivas del principio sucedió una franca alegría y un estímulo que les obligaba á querer todos adelantarse para ganarse la voluntad de Cosme, que les habia ofrecido unos sendos tarros de vino para cuando llegasen al molino.

Las sombras de la noche habian estendido ya su enlutado manto por la atmósfera, cuando distinguieron los primeros árboles de la ribera.

—¡Ea! ya hemos terminado la tarea, señor alcalde, dijeron los primeros volviendo atrás.

—¿Pues cómo? preguntó Cosme.

—Se conoce que los molineros se han anticipado á nuestro deseo y tienen ya desembarazado de la nieve el camino que conduce hasta su propiedad.

—Me alegro; son unos buenos muchachos; pero, vamos allá, os cumpliré mi oferta.

A poco entraban todos en el molino, donde encontraron un cuadro conmovedor.

En el inmenso hogar de la anchurosa cocina ardía un monton de sarmientos, animándolo todo con su resplandor, que á veces crecía ó menguaba, segun se iba quemando la leña.

A la derecha del hogar habia una tarima grande, á la izquierda otra, y estaban ambas rodeadas por las gentes de la casa, que prestaban sus minuciosos cuidados á tres séres moribundos que yacian acostados en aquellos lechos de

madera. Los que ocupaban la tarima de la derecha eran dos niños, que contarian apenas ocho ó diez años; estaban demacrados, pálidos y con las evidentes señales de la miseria mas espantosa impresa en sus desfallecidos rostros.

En el de la izquierda se veia á un hombre que no debia ser muy viejo, pero que habia encanecido prematuramente por efecto de la desesperacion y la desgracia de una vida llena de sufrimientos y dolores.

Su flaco y macilento rostro parecia mas horrible aun por estar cubierto de una barba larga, canosa y desordenada. Su cabellera cana caia en mechones por ambos lados de las sienes, teniendo completamente calva la parte superior de la cabeza. Aquel hombre estaba moribundo; un sacerdote acababa de retirarse despues de haberle confesado y administrado los Santos Sacramentos.

Al salir de la cocina encontró á Cosme que entraba con la cuadrilla de trabajadores.

—Señor alcalde, dijo el sacerdote, llega Vd á tiempo; iba á buscar á Vd.

—¿Pues qué sucede? preguntó Cosme.

—Una desgracia.

—¿Cómo!

—Suplico á Vd. que se revista de valor antes de saberla.

—¿Acaso me toca de cerca?

—Sí señor, y ha herido á uno de sus mas próximos parientes.

—¿A Damian?

—Justamente, señor alcalde, dijo el sacerdote apartándose para dejarle paso.

—¿Dónde está mi pobre hermano? quiero verle.

Varios hombres enharinados le señalaron con el dedo la tarima que ocupaba Damian. Cosme se precipitó hácia ella y cayó de rodillas á la cabecera de aquel lecho mortuario, exclamando:

—¡Hermano mio! ¡mi querido Damian!

El moribundo abrió los ojos, los fijó con profunda espresion en el rostro del honrado labriego, y murmuró con un acento tan débil que mas bien se adivinaban que se oían sus palabras:

—¡Cosme! ¡me muero!... Ahí te dejo mis hijos.... tú eres bueno y generoso.... enséñales tus virtudes, hazles amar el trabajo y serán felices.

Aquí se detuvo como para tomar aliento, sus fuerzas estaban completamente agotadas.

Por las mejillas de Cosme corrian abundantes lágrimas, sus manos estrechaban las heladas ya y cadavéricas de Damian, y no se atrevia á decir una sola palabra por temor de perder las que su hermano tenia que decirle.

Este siguió con visible languidez.

—Hermano mio, he sido holgazan, desidioso; he dejado perder la herencia de mis padres y la-

bré mi desgracia y la de mis hijos, dejándoles en el mundo sin un pedazo de pan.

—En mí tendrán un padre, te lo juro, murmuró Cosme.

—Gracias: con tu promesa muero tranquilo.

—Tambien su madre y tú tendreis un sitio en mi mesa.

—Su madre ha muerto en un hospital: yo me sentí tambien herido en el corazon y vine á traerte mi herencia... mis pobres hijos.

—Yo la acepto como si fueran un tesoro, dijo Cosme anegado en llanto.

—¡Gracias, hermano mio!... muchas gracias. Perdóname el haber sido contigo indiferente, ingrato... ¡Adios; ruega por mí!...

Las fuerzas del desgraciado Damian estaban agotadas; su cabeza cayó sobre la almohada, y rindió su aliento al Señor, dirigiendo á su hermano la última y suplicante mirada, en la que iba envuelto el mas ardiente deseo de su alma.

—Teresa estaba sentada junto al hogar: la rodeaban varias aldeanas, criadas unas de la casa, mujeres otras de los criados que habian seguido al alcalde en su escursion para desembarazar de nieve el camino.

Ya las piadosas mujeres habian rezado dos ó tres veces el Santo rosario y habian tomado y dejado otras tantas con visible impaciencia las calcetas á medio hacer que tenian en la mano.

Teresa se levantó, dejando su labor en la mesita de pino que tenia delante, fué á la ventana, y abriéndola de par en par exclamó:

—¡Dios mio! preciso es que haya sucedido á mi Cosme alguna desgracia; él nunca se detiene tanto, y son ya cerca de las nueve, dijo á una de las aldeanas.

—Quién sabe si alguno de nuestros maridos habrá perecido entre la nieve, dijo otra.

—Por fortuna van muchos y se ayudarán unos á otros, dijo Teresa.

—Es verdad que ha sido bien temeraria la empresa: ¡tiene unas disposiciones el señor alcalde!...

—Mira, no vengas aquí murmurando de lo que no entiendes; bastante angustia tengo yo en mi alma, dijo Teresa, sentándose de nuevo junto á la chimenea, para volverse á levantar á los dos minutos.

—Pues la noche está serena, dijo una de las mujeres; ello sí, se hielan las palabras y deben venir ateridos de frio.

—Echa mas lumbre, Nicolasa, dijo Teresa á la criada, volviendo á quedar abismada en su profunda inquietud.

En el reloj de la villa dieron las nueve: al escuchar las sonoras campanadas, la mujer de Cosme no pudiendo sufrir mas su impaciencia, se lanzó á la puerta; pero en el mismo instante se

abrió esta bruscamente apareciendo Cosme en el dintel.

—¡Cosme de mi alma! dijo Teresa, arrojándose á sus brazos y llorando de alegría.

—Teresa, querida mia, dijo este, te traigo dos hijos y vienen enfermos, desnudos y hambrientos; empieza á cumplir con ellos tus deberes de madre.

Al decir esto se apartó para dejar paso á los hombres que conducian la camilla donde iban acostados los dos niños.

—¡Desgraciados! dijo Teresa acercándose á ellos y queriendo reanimarlos con el calor de sus besos.

—Son los hijos de mi hermano, repuso Cosme, enjugando una lágrima que se deslizó á lo largo de su megilla; son huérfanos y no tienen amparo en el mundo.

—Nosotros seremos sus padres, Cosme, interrumpió Teresa, llorando tambien. El Señor, apiadado de mis súplicas, me concede los hijos que le habia pedido.

—Los infelices han estado á punto de perecer entre la nieve: los molineros los salvaron milagrosamente; pero mi pobre hermano, enfermo ya, no pudo resistir los rigores del frio y ha muerto en mis brazos.

—¡Dios le haya perdonado! Señores, recemos por su alma, dijo la piadosa Teresa arrodillán-

dose. Los circunstantes la imitaron, elevando sus ruegos al Supremo Hacedor.

Cuando terminó la plegaria, Teresa que tenía entre las suyas las manos de los niños, las besó con ternura, diciendo :

—Hijos míos, creced con el amparo de nuestro amor, poniéndoos al abrigo de la miseria bajo el árbol sagrado de la actividad y del trabajo. Sus frutos dan la felicidad, la paz del alma, y el sosiego que presta una conciencia tranquila y pura.

Doña Tomasa se calló; después de unos instantes dijo:

—Esta es la historia de Cosme y de Damian; ved los frutos del trabajo y de la holgazanería.

—Por eso nosotros, abuelita, tenemos ocupadas todas las horas del día; desde la escuela venimos á estudiar nuestras lecciones, y cumplimos siempre activamente las tareas que nos imponen nuestros padres, dijo Federico.

—Ahora, hijos míos, id á descansar; mañana domingo no hay cuentos : pasado mañana empezaré la historia de tres hermanas.

IX.

Tres ó cuatro noches tardó doña Tomasa en referir á los niños el cuento moral que insertamos á continuacion.

LOS TRES DONES.

No siempre la hermosura y las riquezas hacen felices á las criaturas; á veces en la vida suelen ser auxiliares poderosos para la felicidad; pero tambien en ocasiones se convierten en agentes de la desgracia.

Hace muchísimos años (allá cuando los magos y las hechiceras andaban por el mundo repartiendo gracias y haciendo milagros con su varita de virtudes) que vivian en una capital de provincia tres hermanas, hijas de un pobre carpintero, muy viejo ya, y que por estar casi siempre enfermo apenas ganaba lo suficiente para sostener á su familia.

Habitaban en un triste y mezquino albergue, situado en las orillas de la poblacion, completamente desprovisto de comodidades, porque sobre ser mucha su pobreza, las hijas del carpintero no hacian nada de su parte para embellecer su vivienda ni para mejorar su posicion.

Las llamaban en el barrio las tres Mariás, porque todas llevaban este santo nombre en obsequio á la Santísima Vírgen, de quien sus padres eran estremadamente devotos.

María Estrella, la mas pequeña, era la mejor de todas, la mas aplicada y trabajadora; las otras dos, María de Gracia y María Antonia, tenían ódio á la virtud y al trabajo, y solian pasarse los días enteros poniéndose en la cabeza lazos y moños y paseándose con el cantarillo del agua desde la fuente á su casa por el gusto de oír los requiebros y lisonjas que los mozos del pueblo las prodigaban, debidos mas á su desenvoltura y desparpajo que á su virtud y belleza, porque no tenían nada de bonitas.

Una oscura y tempestuosa noche de invierno, hallábanse las tres hermanas con sus ancianos padres disfrutando del benéfico calor de la lumbré que ardia abundantemente en una anchurosa chimenea, donde se asaba, esparciendo un olor agradable, un pedazo de carne, regalo que pocas veces disfrutaba aquella pobre familia.

El huracan resonaba con mas fuerza cada vez, y un fuerte aguacero habia empezado á inundar las calles de la villa.

—¡Qué noche tan espantosa! dijo María Estrella dirigiéndose á una viejecita que estaba á su lado; recemos, madre mia, por los pobres viaje-

ros que sufren en el camino los horrores de la tempestad.

—Sí, hija mia, contestó la anciana; recemos en voz baja, porque tus hermanas se burlan de nuestras oraciones.

Mientras las dos mujeres elevaban sus preces al Eterno, María de Gracia y María Antonia se asomaban á la ventana, lamentando la cobardía de sus novios que, por miedo á la tempestad, no paseaban la calle como otras noches.

De repente se oyeron en la puerta repetidos y fuertes golpes.

—¿Quién llama? preguntaron con aspereza las dos muchachas.

—Un pobre caminante que pide hospitalidad por amor de Dios.

—Mas abajo está la posada, buen hombre.

—Por piedad, dejadme descansar un rato, que vengo enfermo y muerto de frio, y no tengo recursos para pagar el alojamiento.

—Nuestra casa no es albergue de mendigos. Seguid, y que os recojan en la posada, dijo María Antonia.

—Estoy muerto de frio y no puedo dar ni un paso, contestó con débil voz el anciano.

—Dejadle entrar, hermanas: ¡pobrecito! dijo María Estrella, adelantándose con lágrimas en los ojos y franqueando la puerta.

—Entrad, pobre anciano, dijo la caritativa jó-

ven, ayudándole á levantarse del suelo donde habia caido desfallecido.

—¡Dios os lo pague! murmuró con reconocimiento.

—Venid y calentaos, dijo, llevándole al mejor sitio de la chimenea.

El carpintero y su mujer aplaudian la conducta de su hija pequeña, mirando con disgusto los malos sentimientos que demostraban las dos mayores.

Estas se pusieron á cenar, sin ocuparse para nada del infeliz mendigo, que aspiraba con envidia el apetitoso olor que exhalaba la carne asada.

María Estrella, dividiendo por la mitad el trozo que á ella le correspondia, lo puso en un plato con un pedazo de pan, y se lo dió al anciano, diciéndole:

—Tomad, pobre hombre; tendreis hambre sin duda, y aquí hay cena para todos.

—Muchas gracias, hija mia: Dios os premiará sin duda alguna, exclamó el infeliz devorando en pocos minutos la racion.

—Si yo fuera muy rica tambien me gustaria socorrer á los pobres, dijo María Antonia; pero somos tan pobres, que apenas tenemos lo bastante para nosotros.

—¿Os gustan las riquezas? dijo el pobre.

—Muchísimo. ¡Ah! yo daria cualquier cosa por tener palacios, carruajes y criados: yo creo

que la felicidad de la vida solo consiste en eso, repuso María Antonia.

—Te engañas, hermana, añadió María de Gracia; yo me figuro mas bien que la dicha consiste en la hermosura. La mas bella de las mujeres debe ser la mas feliz, porque todos á porfía la adulan, la aman y la colman de riquezas y felicidades.

—De manera que si te dieran á escojer entre la riqueza y la hermosura, ¿qué elegirías?

—Esto último, dijo con viveza María de Gracia. Si tuviera la dicha de encontrar en mi camino algun mago ó hechicera que me concediese el don de la belleza, sería la criatura mas dichosa.

—Yo le pediría el de las riquezas, porque con dinero todo se consigue, dijo María Antonia.

—Pues yo le pediría el don de la resignacion, repuso la mas pequeña de las tres hermanas.

—Tú siempre has de ser tonta, dijo la mayor.

—Qué quieres, hija, yo creo que la felicidad está en resignarse cada cual con su suerte; y si yo tuviera ese don que me hiciera conformarme siempre con las contrariedades de la vida, creo que conseguiria ser completamente dichosa, aunque no tuviera riquezas ni hermosura, dijo María Estrella con angelical paciencia.

Sobre este tema continuaron hablando las tres hermanas mientras duró la cena.

Llegó el momento de acostarse y se marcharon las dos mayores, sin pensar en el pobre mendigo ni en los ancianos que, ayudados de María Estrella, fueron á descansar.

Cuando todos estuvieron durmiendo salió María Estrella y dijo al pobre que dormitaba en el rincon de la chimenea:

—Venid, buen anciano, dormireis en mi cama.

—¿Y vos, pobre niña?

—Yo me quedaré en este banco; soy jóven y puedo soportar mejor que vos las fatigas de una mala noche.

El mendigo la miró con enternecimiento, y sin decir palabra, fué á ocupar el casto lecho que la piadosa jóven le cedia, en tanto que ella, muy contenta, se acostaba en un banco de madera.

Los primeros albores de la mañana disiparon la tempestad, y el dia amaneció sereno y despejado.

María Estrella, que temia las burlas de sus hermanas, fué antes de que estas se levantasen á llevar un vaso de leche al pobre mendigo, y se encontró con que habia desaparecido sin saber por dónde, pues la puerta permanecía cerrada por dentro, como la dejaron por la noche, y las ventanas tenian fuertes barrotes de hierro.

Sobre la cama encontró tres pliegos cerrados, que contenian los tres dones que las jóvenes habían deseado poseer.

Decian los sobres:

«Don de la hermosura , para María de Gracia.»

«Don de la riqueza para María Antonia.»

«Don de la resignacion, para María Estrella.»

Abierto este último por la joven solo en encontró en él una imagen de la Virgen, que guardó religiosamente en su pecho como un tesoro sagrado.

Luego corrió á entregar los pliegos á sus hermanas, contándoles el milagro: estas los abrieron precipitadamente. El de María Antonia contenia la escritura á su nombre de un magnífico palacio con infinidad de posesiones que estaba en venta en la ciudad; en el de María de Gracia, habia solamente un espejo al que se miró en seguida, encontrando que habia desaparecido de su rostro su anterior espresion, sustituyéndola una hermosura admirable que encantó á sus mismas hermanas , que la contemplaban atónitas.

María Antonia, al verla tan bella, no pudo reprimir un impulso de envidia; pero estrechó los papeles contra su pecho, muy satisfecha por las riquezas que iba á poseer.

Solo María Estrella miró á las dos sin envidia, alegrándose de que fueran felices y contentándose

con su figura agradable, si no bella, y su pobreza.

Poco tiempo despues María Antonia, llena de altivez y orgullo, habitaba en su magnífico palacio, rodeada de numerosos criados que se agolpaban á servirla, procurando adivinar sus deseos.

Vivia sola, porque sus padres y sus hermanas se negaron á dejar su modesta vivienda.

María de Gracia, temiendo que las riquezas de su hermana la perjudicasen, no queria ni aun visitarla, y pasaba la mayor parte del dia paseando por la ciudad y por los sitios mas públicos, á fin de que admirasen su belleza, lo que en efecto sucedia; de tal manera, que se hizo célebre en poco tiempo y no se hablaba de otra cosa que de su portentosa hermosura.

Un dia acertó á pasar por allí un príncipe extranjero que estaba viajando para perfeccionar su educacion, la vió, y prendándose de ella, la declaró su amor.

María de Gracia, orgullosa por una conquista de tanto precio, accedió inmediatamente á los deseos del príncipe, consintiendo en séguirle á su reino, á pesar de las súplicas y amonestaciones de sus padres, que solo veia en aquellos amores la deshonra de su hija.

—El príncipe me ha dado palabra de casarse conmigo tan pronto como herede la corona de su padre, que le pertenece dederecho, y en esa confianza le sigo, decia la jóven, cuya vanidad,

exaltada hasta el mas alto grado, no atendia á ninguna clase de reflexiones.

Efectivamente, se marchó con él, sin despedirse de sus hermanas ni de sus padres, temiendo las reprensiones de estos. Unicamente vió á María Antonia, pero fué para enseñarla los magníficos trajes y las joyas que le habia regalado su real amante, preciosas galas que acrecentaba en mucho su magnífica hermosura.

María Antonia, envidiando su suerte, se arrepintió ya de no haber elegido la belleza, imaginándose que su hermana, por ser bella, poseia el amor de un príncipe y ocuparia en breve uno de los tronos mas poderosos de la tierra; pero como la eleccion estaba hecha, no tuvo mas remedio que conformarse.

Mucho la consolaba el verse rodeada de amantes que se disputaban su mano, no por ella, sino por las grandes riquezas que poseia. Es verdad que los jóvenes ricos y distinguidos de la ciudad la despreciaban, pretendiéndola únicamente los calaveras y los de escasa fortuna.

Como el único deseo de la jóven era casarse, eligió por fin entre sus dependientes uno que le pareció buen mozo y elegante, sin pararse á reflexionar si le convenia por sus antecedentes.

Se llamaba Bautista, y era, como son por lo general los buenos mozos, muy fátuos, engreidos con sus figuras y desprovistos por completo de

las cualidades de talento y finura que hacen tan simpáticos á los jóvenes distinguidos.

Verificado el matrimonio, pronto estuvo en posesion de las riquezas de su mujer, empezando por derrocharlas, dándose la importancia de un príncipe.

María Antonia vió con terror que conforme sus bienes iban desmembrándose, se enfriaba el cariño de su marido, el que, á decir verdad, no fué nunca muy ardiente.

Con la primera finca que vendieron entraron las disensiones en el matrimonio, porque ni él ni ella sabian adquirir nuevos bienes ni conservar los que tenian.

La vanidad, ese demonio tentador que se apodera de todas las cabezas vanas y frívolas, los tenia sujetos á su imperio, y en la senda ya del lujo y la disipacion, no retrocedian por nada que fuese amenguar el brillo que habian conseguido adquirir entre las gentes ricas del país.

De esta manera fueron pasando muchos años completamente separados de su familia, á quien se avergonzaban de pertenecer, por ser unos pobres carpinteros: no volvieron á saber de ellos una palabra.

En tanto, María Estrella, con su don de la resignacion, estaba conforme con su suerte, y no los abandonó un momento.

Llegó el caso de que su pobreza fué tan estremada, que no tuvieron recursos para sostenerse. Entonces María Estrella, con su angelical bondad, fué á buscar costura y trajo para sostener á sus padres.

Un buen muchacho, muy honrado y trabajador que habia sido oficial en su casa, se enamoró de ella y la pretendió, teniendo la suerte de que le correspondiera con mucho gusto, por lo cual no tardaron en ser esposos, haciéndose cargo el jóven carpintero del abandonado taller de su suegro.

Así pasaron algunos años.

Era un hermoso dia de primavera de esos espléndidos y radiosos que esparcen por do quiera los mágicos perfumes de las flores y de las infinitas yerbecillas que se crían en los campos.

La bonita poblacion en que habitaban los padres de las tres Marías estaba engalanada como de fiesta; en las calles se ponian arcos triunfales y se alfombraban de flores; las campanas daban al viento sus sonoros ecos y el Ayuntamiento se preparaba como para recibir á alguna régia persona.

Efectivamente hácia el medio dia las músicas anunciaron que se aproximaban los reyes; instantes despues ocuparon el régio dosel y dieron á besar su mano á las personas mas distinguidas de la ciudad.

Terminada esta ceremonia, el rey buscó entre la multitud una persona, y no encontrándola, dijo al alcalde:

—¿Tú conoces á un carpintero que se llama Juan Tellez?

—Sí, señor, es uno de los hombres mas honrados de la poblacion.

—¿Qué posicion tiene?

—Decente nada mas, señor; á fuerza de trabajar y laboriosidad, sostiene á sus suegros, á su mujer, que es un ángel, y á su numerosa familia.

—Hazle venir.

Inmediatamente corrieron á participar al marido de María Estrella el deseo de S. M. No estaba lejos la honrada familia que, llena de curiosidad, como todo el mundo, invadió la gran plaza de la ciudad.

Trémulo y confuso se acercó el jóven carpintero á las gradas del trono.

El rey le dijo:

—Esta mañana, dos horas antes de amanecer, tú te hallabas á tres leguas de aquí, en el barranco de los pozos, ¿no es verdad?

—Sí, señor.

—¿Qué te condujo allí?

—El deseo de buscar unas yerbas que son buenas para curar los dolores reumáticos que padece mi suegro.

—¿Y á quién hallaste en el camino?

—Hallé un coche, cuyos caballos, con la oscuridad de la noche y el terror de la tempestad, estaban próximos á precipitarse en un abismo.

—¿Y qué hiciste tú? volvió á preguntar el rey.

—Lo que otro cualquiera hubiera hecho en mi lugar: cumplí con mi deber, precipitándome hácia los caballos para separarlos del peligro.

—Pero en aquella evolucion espusiste tu vida.

—En aquel momento, señor, no pensé en mí, sino en salvar á los viajeros, dijo Tellez.

—¿Y sabes tú quiénes eran?

—No, señor, ni lo pregunté.

—Pues era yo, que á duras penas conseguí que me dijeras tu nombre, ¿no lo recuerdas?

La oscuridad de la noche me impidió ver el rostro á V. M.; pero ahora creo reconocer su voz.

—Y bien; ¿qué deseas en recompensa de haberme salvado la vida?

—El cumplir un deber no merece recompensa.

—¿Luego nada necesitas? ¿Eres feliz?

—Soy el hombre mas dichoso de la ciudad; no poseo riquezas, pero tengo tranquilidad, y no ambiciono nada.

—¿Eres casado?

—Sí, señor.

—¿Y tienes hijos?

—Señs.

—Llama, pues, á tu mujer y á tus hijos.

Inmediatamente apareció María Estrella rodeada de su pequeña prole.

El rey la dijo que su poder era ilimitado y estaba dispuesto á concederles cuanto pidieran.

—Señor, contestó María Estrella: nosotros somos felices y no deseamos nada.

—Os daré riquezas.

—Las riquezas no dan la felicidad; yo he tenido una hermana muy rica, y hoy aborrecida y despreciada de su marido, ha ido á morir á un hospital, de donde yo la he sacado.

—Os daré honores.

—¿Y para qué los queremos? Mi otra hermana se casó con un príncipe, y ha muerto arrastrada por las calles de su poblacion, víctima del populacho.

—¿De manera que no os halagan ni los honores ni las riquezas? dijo el rey asombrado.

—La dicha en el mundo, señor, consiste en contentarse cada cual con lo que tiene y en cumplir con los deberes que impone la religion y el amor al prógimo, y nosotros poseemos esa ciencia en alto grado, dijo el carpintero.

—¡Dichosos vosotros, hijos míos, que nada teneis y nada ambicionais! dijo el monarca suspirando; pero al menos para vuestros hijos.

—Educados por nosotros, tendrán las mismas

máximas y serán felices, contestó María Estrella.

—Envidio vuestra cristiana resignacion y conozco que en medio de mi grandeza soy mas pobre que vosotros, dijo el rey. Efectivamente, el alcalde atestiguó que no habia en la poblacion familia mas venturosa ni mas buena: los ricos los amaban y los pobres los bendecian, porque en su modesta mesa y en su apacible hogar siempre hallaban un sitio el desgraciado y el menesteroso.

El rey al despedirse les dejó una suma enorme, diciéndoles: «es para que la entreguéis á vuestros hijos cuando se casen.»

Luego dió á Tellez un documento en el que consignaba su magnánima accion y se comprometia por sí y por sus descendientes á concederle á él ó á sus hijos cuanto pidiesen en cualquier tiempo ú ocasion que fuese, teniendo títulos de nobleza y entrada libre en la real cámara.

Tellez lo tomó con indiferencia, y no cifrando en ello su dicha, lo guardó por si sus hijos lo necesitaban algun dia.

María Estrella bendijo la resolucion de su marido, y abrazando á sus hijos, exclamó:

—Las riquezas y los honores hacen orgullosas á las criaturas, pero no felices.

X.

Después del cuento que acabamos de referir, doña Tomasa no volvió en mas de un mes á tener con sus nietos ninguna de las interesantes sesiones en que tenia pendientes de su labio al infantil auditorio. Esta larga suspension fué motivada por una terrible enfermedad que empezó á sufrir la noble anciana, la que dice concluir con su vida. Empero aun tuvo algunos intervalos de mejoría, que aprovecharon los niños para instruirse prácticamente en los deberes de la caridad y la beneficencia, que son un manantial de consuelo para las nobles almas.

Hé aquí, pues, á continuacion los dos últimos ejemplos que doña Tomasa refirió á sus nietos.

HAZ BIEN Y NO MIRES A QUIÉN.

Proverbio.

(Los beneficios deben sembrarse siempre en cualquier terreno; no importa que sea ingrato, porque la semilla es divina y fructifica siempre).

Hace unos cuantos años, que al pasar un rico banquero madrileño por una pequeña aldea

de la Mancha oyó los desesperados lamentos de unos ancianos, marido y mujer, que, á la puerta de su miserable choza, lloraban amargamente, pretendiendo, aunque en vano, consolarlos casi todos los habitantes de la aldea que se agrupaban á su alrededor.

—¿Qué sucede aquí? preguntó con interés, mandando detener el coche en que iba.

—¡Ah! buen señor, una desgracia horrible, contestó una apergaminada viejecilla, acercándose al opulento caballero.

—¿Por qué lloran esos ancianos?

—Porque su hijo Blas ha salido soldado y no tienen mas amparo que él para sostenerse toda la familia. Su pobre padre, enfermo hace muchos años, no puede trabajar, y el hermano mayor es un perdido, un vagamundo que por no sujetarse prefiere ir pidiendo limosna de pueblo en pueblo. ¡Pobres gentes! ¡se van á morir de penal dijo la viejecilla, enjugándose las lágrimas con la punta del delantal.

El caballero se apeó del coche, y apartando á la multitud que le obstruía el paso, se entró en la miserable casucha, arrastrando tras de sí á Blas, que, mústio y cabizbajo, se apoyaba en el quicio de la puerta.

—¿Es Vd. el único amparo de sus ancianos padres? le preguntó.

—Sí, señor; con mi trabajo sostengo á ellos y

á mis pequeños hermanitos; si les falto ¡infelices! ¡se morirán de hambre! dijo el pobre muchacho tan conmovido, que tuvo que apoyarse en una mesa para no caer.

—Bien; Vd. es honrado y trabajador, y yo me complazco en proteger á todo el que lo merece; por lo tanto, aquí en esta bolsa tiene Vd. ocho mil reales para que puedan comprarle un sustituto.

Blas estupefacto, trémulo de emoción, se quedó mirando al caballero, sin poderse dar cuenta de la impensada fortuna que se le entraba de rondón por las puertas de su casa.

El banquero no pudo menos de reirse al ver la grotesca facha del pobre muchacho, que con la bolsa en la mano y con la boca abierta no acertaba á pronunciar ni una palabra.

—¡Ea! adios, le dijo, tocándole en el hombro, si algun día necesitas de mí, aquí tienes una tarjeta con mi nombre y las señas de mi casa en Madrid.

El caballero salió del cuarto y desapareció de la villa sin que Blas hubiera vuelto de su asombro, hasta que su madre, curiosa como todas las viejas de aldea, deseando saber lo que le habia dicho el caballero, entró á preguntárselo.

—Yo no sé, madre, lo que me ha dicho, contestó el muchacho; solo sé que ya no soy solda-

do, y esto me ha producido tal alegría que estoy como tonto.

—¿Qué dices? ¿estás loco?

—No, señora, aquí están los ocho mil reales para el sustituto.

—¡Ay Virgen mía!... ¡qué milagro tan grande! exclamó la pobre mujer, cogiendo la bolsa y besándola, y abrazando á su hijo con los mas vivos trasportes de júbilo.

Luego salió corriendo á la escalera para contárselo á todo el mundo; pero sus arrebatos se calmaron ante la gritería de infinidad de personas que acababan de presenciar una riña entre dos mozos y llevaban á uno de ellos gravemente herido.

Era el hijo de los pobres ancianos, el hermano mayor de Blas que acababa su vida en medio de los desórdenes y disputas de su conducta desenfrenada. Con su muerte libró á Blas de la suerte de soldado, quedando los ochos mil reales en poder de la honrada familia que se propuso devolverlos á su dueño en la primera ocasion.

En efecto, el banquero recibió una carta de Blas en que ponía á su disposicion aquella cantidad por no serle ya necesaria, á la que contestó diciendo:

—Si hoy labras la tierra como jornalero, compra con esos fondos fincas y lábralas como propietario; yo te los presto por tiempo indefinido:

¿quién sabe si algun dia tendrás que devolvérmelos con creces?

El pueblo de Blas era miserable, de escasa riqueza; pero con un vasto territorio, cuyo valor era muy escaso, por lo cual pudo el honrado jornalero adquirir muchos terrenos con aquella modesta suma, que fué el origen de una gran fortuna, porque al cabo de algunos años Blas, á fuerza de trabajo y economía, habia logrado multiplicar el capital considerablemente. Después, con los adelantos del siglo, la aldea se vió atravesada por el ferro-carril y las fincas que comprara por ocho mil reales, le valieron ocho mil duros, con los cuales adquirió una gran posesion y una fábrica de harinas, consiguiendo en catorce ó quince años hacerse el propietario mas rico de aquellos contornos.

Siguió siendo siempre hombre honrado y laborioso, que no consintió en casarse ni abandonó á sus padres hasta que murieron; entonces dió su mano á una honesta jóven del pueblo, y se consagró por completo á cuidar de la fortuna de sus hijos, pues tuvo en pocos años cinco ó seis hermosas criaturas.

En el pueblo no le llamaban ya Blas el jornalero, sino D. Blas el propietario, siendo querido y respetado de todos por la piedad y por la nobleza de su corazon. Jamás llegaba un pobre á su puerta sin que fuese largamente socorrido,

y en memoria del origen de su fortuna libraba cada año á un quinto de la suerte de soldado.

Nunca habia salido de la Mancha; pero cuando el ferro-carril estuvo concluido, fué á Madrid con el único objeto de buscar á su bienhechor; pero fueron inútiles sus tentativas, porque nadie supo darle razon de su paradero: únicamente pudo averiguar que habiendo perdido toda su fortuna se declaró en quiebra y tuvo que abandonar la España por librarse de los infinitos acreedores á quienes no podia satisfacer. Esto hacia ya muchos años.

Apesadumbrado con estas noticias, volvió Blas á la Mancha, sintiendo desde aquel dia honda tristeza por la muerte de su generoso protector.

Continuó en sus tareas, consiguiendo, á fuerza de tiempo, desechar su melancolía, si bien no dejaba de consagrar con alguna frecuencia un tierno recuerdo al noble desconocido que se veia en la miseria, sin pensar que en aquel rincon de la Mancha tenia una fortuna á su disposicion.

Como si Dios hubiera bendecido al honrado Blas, sus bienes se multiplicaban de una manera prodigiosa, sus campos siempre eran los mejores y las industrias que emprendia por favorecer á las gentes del país, las mas provechosas.

Inmediato á la estacion del ferro-carril tenia montada una magnífica fábrica de harinas, y

contigua á ella la suntuosa casa que habitaba con su familia.

Era un día de invierno, lluvioso y sumamente frío; anocheció, y al retirarse á su casa el buen propietario, mandó encender todas las chimeneas y preparar una abundante cena para los infelices trabajadores y empleados del ferrocarril que á causa del temporal de continuas lluvias que atravesaban se veían sin trabajo y sin pan.

Serían las nueve de la noche cuando sintieron cercano el agudo silbato que anunciaba la proximidad del tren. Poco despues un ruido espantoso y un grito unánime salió á un tiempo de millares de bocas, indicando un acontecimiento desgraciado

—¡El puente se ha hundido y ha descarrilado el tren!... Corramos en su amparo, gritó don Blas, saliendo acelerado de su despacho y dirigiéndose al sitio de la catástrofe.

En efecto, un lastimoso cuadro se ofreció á sus ojos.

Los coches estaban destrozados y los viajeros, unos muertos y otros heridos ó contusos, se hallaban en espantosa confusion arrojados por el camino. La lluvia, que caía á torrentes y la oscuridad de la noche, hacían mas imponente la triste escena.

—¡Luces, pronto!... ¡Vengan faroles!... gritó

D. Blas lanzándose el primero á socorrer á las infelices víctimas de tan espantosa catástrofe.

Su actividad crecía á medida que los infelices iban siendo socorridos. Hallábase en todas partes, dando órdenes y atendiendo á todo de una manera prodigiosa. Parecía increíble tanta serenidad, tanta intrepidez y tanto amor al prógimo, reunidos en un solo hombre.

A su ejemplo le ayudaban, haciendo tambien prodigios de valor, su mujer, sus hijos, sus criados, sus operarios y los vecinos del pueblo que acudieron al llamamiento, secundando maravillosamente al generoso D. Blas que convirtió su casa en un hospital, auxiliados con la mayor eficacia. Entre estos se hallaba un pobre anciano que llevó un fuerte golpe en la cabeza, de cuyas resultas perdió el sentido, pasándose muchas horas sin que le pudiese recobrar. D. Blas, atraído hacia él por un secreto impulso, estaba de rodillas al pié del lecho, procurándole cuantos remedios le sugirió su ardiente celo y consiguiendo al fin que abriese los ojos.

—¿Cómo se encuentra Vd.? le preguntó con tierna solicitud.

—¡Ah! tengo un dolor horrible de cabeza. ¿Pero dónde estoy?... ¿Qué me ha sucedido?... contestó el anciano con dulce y sonoro acento.

Era tan simpática aquella voz; tenía un timbre tan argentino, que con movió profundamente

te al caritativo Blas, recordándole el eco parecido de una voz, que, despues de veinte años, resonaba todavía en su corazon.

—¡Oh! ¡esta voz, estas facciones... yo creo reconocerlas!... decia para sus adentros Blas.

El anciano volvió á poco á quedarse aletargado, apoderándose de él una fuerte calentura que puso en gran peligro su vida.

Quince dias permaneció sin conocimiento, recibiendo de Blas durante este tiempo los mas esquisitos cuidados y las atenciones mas cariñosas.

Una idea fija, un presentimiento del corazon le decia que aquel anciano, al parecer tan pobre y miserable, era su protector, el rico banquero que veinte años antes le dió, sin conocerle y sin preguntar siquiera su nombre, ocho mil reales para librarse de la suerte de soldado.

Ardia en deseos de verle bueno para calmar su afan. Por fortuna no tardó en conseguirlo; el médico declaró un dia que estaba fuera de peligro, viéndole completamente en su acuerdo y que empezó á preguntar sobre las circunstancias que la habian conducido á una casa donde era atendido con tanto amor y respeto.

—¡Vaya! ¡vaya!... señor mio, le dijo Blas en tono festivo; ya pasó la calentura y los delirios y vamos entrando en razon.

—Gracias á la bondad de Vd., que nosé cómo

pagarle tantos beneficios, contestó él enfermo, estrechando afectuosamente la mano de Blas.

—Quién sabe si seré yo el deudor, contestó este, cada vez mas seguro de que hablaba con el arruinado banquero.

—¿Vd. deudor? ¿No sé por qué?

—¡Bah! es preciso descubrir la incógnita: ¿Vd. se llama D. R. Lopez? dijo Blas alegremente, pretendiendo abrazar al anciano; pero este sumamente asustado, exclamó con tono de espanto:

—¡Por piedad!... caballero, no vuelva Vd. á pronunciar ese nombre; que nadie me descubra, porque estoy perdido.

—Pero, en efecto, ¿es Vd. el célebre banquero Lopez? No tema nada de mí; no soy uno de sus acreedores, soy su amigo, mas bien su administrador, que he hecho producir ocho millones á los ocho mil reales que me dió *en préstamo indefinido y que hoy le entrego con creces.*

—¿Qué dice Vd.? exclamó el anciano incorporándose y mirándole sin comprender lo que decía, porque ni remotamente recordaba el acontecimiento que habia hecho la fortuna de Blas.

—Qué, ¿no me conoce Vd.? yo soy Blas, el jornalero á quien entregó Vd. ocho mil reales hace veinte años para librarse de la suerte de soldado.

—Hijo, no tengo de ello la menor idea; ha

sido mucho el bien que hice en la época de mi prosperidad; pero como los beneficios suelen sembrarse por lo general en terreno ingrato, nunca me cuidé de conservar el nombre de mis socorridos; yo acostumbro á ejercer la caridad por amor á Dios y al prójimo, sin esperar en este mundo la recompensa.

—¡Oh! pues esta vez no ha dado Vd. con un ingrato, dijo Blas llorando, porque en estos veinte años no he dejado de pedir á Dios por mi protector ni un solo dia y hasta ofrecí una misa á la Virgen de las Angustias si conseguia encontrar á Vd., para entregarle los ocho millones que me han producido su préstamo.

—¡Dios te bendiga, hijo mio!... exclamó el noble anciano, dejando correr sus lágrimas y abrazando al jóven, que, trémulo por la emocion, no acertaba á pronunciar una palabra.

La familia llegó y todos prodigaban al señor de Lopez sus cariñosas atenciones.

Cuando estuvo bueno, Blas se empeñaba en que admitiera la cesion de las riquezas que habia adquirido á fuerza de laboriosidad y de economía.

—Eso, nunca, Blas, le decia; solo deseo tu cariño; quiero que seas mi hijo, porque eres el hombre mas honrado que he conocido; soy un pobre viejo, sin familia, sin amigos; déjame vivir

contigo y habrás satisfecho convenientemente tu deuda de gratitud.

—Pero es necesario que Vd. recobre su crédito, que pague á sus deudores, disponga Vd. para ello de todo cuanto poseo.

—Corriente, en ese caso nos iremos á Madrid, volveré á reanudar mis negocios y tú estarás al frente de ellos.

Tres años despues de este acontecimiento el banquero Lopez y el agradecido Blas, eran en Madrid grandes capitalistas, disfrutaban una distinguida posicion social y en la intimidad de su casa eran sumamente felices, teniendo muchos amigos y muchas personas que los amaban con delirio, porque recordando el origen de su fortuna practicaban la caridad, teniendo presente el admirable proverbio de «*Haz bien y no mires á quién.*»

XI

—Este proverbio, hijos míos, dijo doña Tomasa á sus nietos, os enseñará á ser agradecidos; la gratitud es hija de Dios, y los corazones ingratos no pueden nunca ser felices, ni gozar con tranquilidad los beneficios que reciben.

—Mañana os presentaré un ejemplo de lo que puede la caridad en las personas que se ven consumidas por el hastío y el aburrimiento.

En efecto, á la noche siguiente doña Tomasa ofreció á la infantil imaginacion de sus nietos el siguiente ejemplo.

CONTRA TÉDIO CARIDAD.

La caridad es un bálsamo precioso que mitiga los dolores del alma: con su ejercicio se consigue desterrar del esp^oritu mal humorado todas las influencias perniciosas y malignas.

Carmelina era una hermosísima jóven, de nacarada tez y ojos de cielo, huérfana y única heredera de un opulento marqués.

Hallábase rodeada de todos los goces que proporciona una inmensa fortuna. Multitud de criados con lujosas libreas atravesaban los vastos salones de su palacio, decorado con una magnificencia régia. Los placeres de la sociedad brindábanla con sus encantos, y los jóvenes mas gallardos de la corte se disputaban sus favores.

El incienso de la lisonjera adulacion quemábase en torno suyo continuamente por toda clase de personas, anhelando como una gracia especial una sonrisa de la aristocrática Carmelina, una leve mirada de la encantadora marquesa, considerándose en el colmo de la dicha si lograban ser recibidos una sola vez en su gabinete de con-

fianza, mirando en ello una muestra benévola que rara vez concedía.

Penetremos en esta pieza.

Figuraos, lectores míos, todos los primores del arte, todas las maravillas del lujo y la riqueza hermanados con el buen gusto. Figuraos, allá en vuestra imaginación, una casa muy sublime, muy superior á cuanto hayais visto, y tendreis una idea de aquel aposento donde el objeto mas insignificante habia costado enormes sumas, y todos sorprendian, ya por su riqueza artística ó ya por su valor.

Pues bien: ninguno de aquellos primores, ninguno de los goces con que la brindaba su posición, era bastante á distraer el eterno hastío que enervaba el alma de la jóven marquesita, haciendo languidecer sus mejillas y dando á sus miradas un fulgor melancólico y apagado.

Vedla con la mano en la frente, los ojos fijos en un pedazo de cielo que descubre á través de las colgaduras del balcon, y llamando al sueño en su auxilio como un bien precioso, como un beneficio inestimable.

Abrióse una puerta y una jóven entró en la estancia.

—No te he llamado, Leontina, ¿á qué vienes? dijo la marquesa de mal humor, al advertir la presencia de su doncella favorita.

—Es que acaban de traer esta carta para V. E.

—Déjala en ese velador y será la centésima que hoy recibo.

—Esperan contestacion.

—Que venga otro día: no tengo ganas de leer; y si no quiere, que se la lleve y me deje en paz. Será de algun importuno de los muchos que me asedian, contribuyendo á fastidiarme mas con sus necios galanteos.

Leontina salió, volviendo á poco rato con semblante entristecido.

—¿Otra vez aquí? gritó la elegante dama. ¿Qué traes?

—Señora, el que ha traído la carta me ha dicho con acento suplicante, y que me ha hecho estremecer de pena, que de la contestacion de V. E. pende la muerte ó la vida de una familia desgraciada.

—Léemela tú, repuso Carmelina, incorporándose y abriendo con interés sus hermosos ojos.

La doncella leyó:

« En la calle del Sacramento , número 8, boardilla, vive un digno empleado, cesante, á quien la desgracia ha perseguido hasta el estremo de no tener un pedazo de pan para dar á sus hijos. Hace tres dias que esta familia no ha probado alimento alguno, y perecerán todos si V. E. no se digna acudir en su auxilio. »

—¿Dios mio! ¿y se ha marchado? dijo la marquesa levantándose vivamente de su asiento.

—Sí, señora.

—Pues vamos, ven conmigo, quiero verlos.

—¿Mando poner el coche?

—No hay momento que perder; iremos á pié.

—¡Pero si está lloviendo!

—¿Y qué importa?

Rápida como el pensamiento, entró en su tocador, cubrió sus hombros con una manteleta de terciopelo, su cabeza con un sombrero y salió seguida de la doncella.

El carmin que coloró sus mejillas, hacia mucho tiempo que no brotaba de aquel modo, y el brillo de sus antes lánguidos ojos era tan intenso como la emoción que sentía su pecho.

Por fortuna su casa no estaba lejos de la calle del Sacramento. Llegaron al número 8.

La lluvia había empapado el abrigo de la marquesa, pero no lo advirtió.

Sube ciento y tantos escalones y llama por sí misma en una puertecilla baja y estrecha que se ofreció á su vista en un largo corredor.

Un profundo gemido respondió á su llamamiento; empujó la puerta, se abrió y penetró en una pieza pequeñísima.

¡Qué espectáculo tan doloroso se presentó á sus ojos! ¡Quedóse absorta!

¡Jamás hubo imaginado su mente un cuadro tan sombrío!

Se asombraba al ver cómo una familia de ocho personas vivían en aquel chirivivil sin aire, sin luz, sin sol y sin ninguno de los efectos necesarios para la comodidad de la vida.

En un extremo de la pieza hallábase sentado en el suelo un pobre enfermo, apoyando las manos en la cara y los codos en las rodillas, teniendo á su lado tres niños pálidos y demacrados que le pedían pan con lastimero tono. En otro lado yacía acostada sobre una estera y cubierta con un pedazo de paño hecho girones, una mujer que debió ser hermosa en otro tiempo, pero que el hambre y el dolor habían ajado sus facciones é impreso en su rostro el sello de la miseria.

Tres niñas la rodeaban, moribundas, y con tan pocas esperanzas de vida como el resto de la familia.

La marquesa cayó medio desvanecida en brazos de su doncella, no pudiendo sufrir la atmósfera fétida é insalubre que se advertía en aquella pieza. Dominóse por fin, y aplicando á su nariz un pomito de esencia, llegó cerca de la enferma, que la contemplaba con los ojos brillantes por el ardor de la fiebre.

—¿Venís, señora. á presenciar nuestra agonía? la preguntó con voz débil la pobre mujer.

—¡Vengo á salvaros!

—¡Dios os bendiga!

—Decidme qué debo hacer.

—Dad pan á mis hijos y á mi marido, que se mueren de hambre.

—¿Y vos?

—Yo solo quiero morir.

Con la rapidez con que habia subido la escalera Carmelina la volvió á bajar.

Cuando estuvo en la calle dijo á su doncella:

—Inmediatamente vas á la primera fonda que encuentres, tomas un coche para que llegues antes, y trae los manjares mas esquisitos que tengan preparados para que sácie su hambre esta infeliz familia.

Leontina obedeció.

Preparábase la marquesa para volver otra vez á la boardilla, cuando vió en la misma casa un cuarto segundo desalquilado. Llama en el principal y pregunta por el casero.

Un caballero anciano se presenta, y en breves momentos queda arreglado el contrato: toma Carmelina las llaves y se dirige á la boardilla. Su doncella la alcanzó en la escalera, que venia seguida de dos camareros con infinitas viandas que despedian un olor agradable.

—Vas al momento, dijo á Leontina, entregándola las llaves, á decir á mi mayordomo que en el término de dos horas me ha de dar amueblado y listo para habitarse el cuarto segundo de esta casa, cuyas llaves te doy.

—Serán cumplidas las órdenes de V. E., dijo Leontina alejándose con rapidez.

La marquesa mandó á los criados de la fonda dejar las viandas en el suelo y retribuyéndolos generosamente, los despidió, quedándose sola con aquella familia, cuyos pálidos y enflaquecidos rostros reanimáronse al sentir el olor que despedían los manjares.

Jamás Carmelina hubo presenciado una escena semejante, sintiendo su corazón un placer desconocido, una inmensa satisfacción que llenaba su alma y le hacía mirar la vida bajo otro punto de vista mas dulce que hasta aquel momento.

Al contemplar aquellos niños hambrientos que devoraban con ansiedad cuanto les presentó, brotaron las lágrimas á sus ojos, y un rayo de alegría iluminó su semblante.

—¡Qué hermoso es hacer bien! murmuraba.

—¡Oh! ¡bendigo las riquezas que me proporcionan este rato de placer! Ya desde hoy no volveré á fastidiarme, porque buscaré infelices á quien socorrer; y sería muy dichosa si cada día de mi vida consigo, cual hoy, enjugar las lágrimas del infortunio y salvar una familia de la muerte.

Hizo que la enferma tomara algun alimento, sirviéndosele con la mas dulce ternura. Igualmente animó al marido, que solo pensaba en

morir, obligándole á tomar un poco de sopa y un buen trozo de gallina.

Agradablemente entretenida en su piadosa ocupacion, no advirtió la llegada de Leontina que volvía dejando ya cumplidas las órdenes de su señora.

Poco despues la infeliz familia se instalaba en la nueva habitacion, arreglada como por encanto con todo lo necesario para vivir con comodidad.

Las bendiciones llovian sobre la generosa jóven, que conmovida en alto grado, no sabia cómo despedirse de aquellas pobres gentes que lloraban de gratitud.

Agitado su pecho por la emocion mas purasalió por fin de aquella casa, donde dejaba la dicha y el bienestar, prometiendo colocar al pobre cesante en un buen destino que le proporcionase un sueldo decente, asegurando su subsistencia y la educacion de sus hijos.

Era cerca del anochecer cuando Carmelina entró en su lujoso gabinete: al quitarse el abrigo vió que estaba empapado en agua y exclamó sonriendo:

—¡Ni he sentido la lluvia ni el hambre, aunque me marché sin almorzar, ni el eterno hastío que me martiriza. ¡Qué tarde tan hermosa he pasado! ¡gracias, Dios mío! ya de hoy en adelante no me abrumará el tedio; seré feliz hacien

do bien. ¡Ah! ¡cuán bella es la caridad!....

Poco despues de la interesante escena que acabamos de referir, se fundó la Real Asociacion de Beneficencia, tomando sobre sí las señoras mas ilustres de la grandeza española la piadosa tarea de enjugar las lágrimas del que sufre, proporcionando pan al pobre, apoyo al desvalido, amparo al infeliz espósito, consuelo para todos los dolores y alivio para las infinitas desgracias de la humanidad. ¡Loor eterno á esos ángelès de caridad que bajo su manto de amor acogen al infortunio! ¡Gloria á su nombre!

¡Benditas sean las piadosas manos que donde hallan dolores, lágrimas, miseria, desesperacion, siembran alegría, consuelo, abundancia y felicidad!

¡Benditos los corazones que con el aroma de sus evangélicas virtudes, esparcen do quiera la dicha y la paz!

Reciban la ardiente gratitud de millares de almas que esclaman cual Carmelina, henchido el pecho de la efusion mas pura:

¡Cuán bella es la caridad!!!

Al llegar aquí, calló la noble anciana: su espíritu, entregado á una meditacion religiosa permaneció en éstasis algunos instantes: despues despidió á sus nietos con cariñosas palabras y buenos consejos, y se fué á buscar el lecho del eterno descanso; porque se acostó buena y ama-

neció con un accidente apoplético, que en pocas horas la arrebató la vida.

Doña Cármen ocupó su sillón presidencial junto á la chimenea, los niños rodean á su madre todas las noches; pero no escuchan ya las instructivas y graciosas historias que formaban su delicia; ahora pasan la velada rezando por la noble anciana que sembró en sus inocentes corazones la semilla de la virtud.

Su madre sigue la senda emprendida por la Abuelita, y no hay duda que estos niños serán virtuosos y buenos, pues el árbol que se guía bien desde que nace, rara vez se tuerce, y cuidado por un jardinero hábil y esperto, da siempre sazonados y ricos frutos.

FIN.

